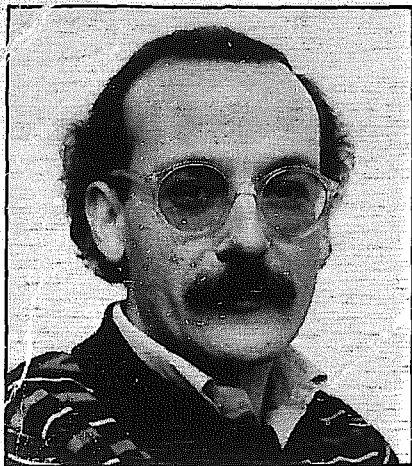




Esta autobiografía oral de un grifota, recogida por un joven antropólogo barcelonés, interesado en la temática de drogas, subcultura y marginación, es un documento de primera mano que se lee como una novela apasionante. Narrada con un lenguaje con imágenes muy plásticas y un mordaz distanciamiento que llevan al protagonista a reírse hasta de su sombra en los momentos más duros de su durísima vida, la historia tiene un frescor que el lector sabrá ciertamente apreciar.

La historia del «Botas» es un caso prototípico de grifota, pero sólo desde los comienzos de su vida en pleno corazón del Barrio Chino barcelonés hasta que, a mediados de los años sesenta, vuelve a su ciudad, pasando por correccionales, cárceles, «milis» varias, robos, vida errante, la Legión, el trapicheo permanente, el motín en un barco, los campos de trabajos forzados, la huida y la vida fugitiva en Marruecos, los consejos de guerra, etc.

Sin embargo, después, a su regreso, desde su zona de venta de hierba empieza a conectar con un público distinto al que él había conocido siempre. Liga con una sueca, con la que después se casará, y, a partir de ahí, Suecia, Holanda y Barcelona serán las próximas etapas de su vida.

Es decir, a través del trapicheo, conecta con este otro mundo, el de los jipis, o, mejor dicho, entra en todo el montaje que, con centro en Amsterdam, se va desarrollando en los años setenta a expensas del prestigio que han adquirido en Europa entre amplios grupos juveniles los jipis y freaks de todo tipo. En la experiencia vital del «Botas» queda, pues, reflejado de algún modo un cambio de mundo, el paso de la época de los grifotas a la de los jipis.

Oriol Romaní (Barcelona 1951) se licenció en 1975 en Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona, donde participó activamente en el movimiento estudiantil durante la «etapa radical» de aquellos años. Es miembro del I. C. A. (Institut Català d'Antropologia) y trabaja desde hace varios años en el Departamento de Antropología Cultural de la Universidad de Barcelona. En septiembre de 1982 se doctoró con la tesis «Droga i subcultura: una història cultural del 'haix' a Barcelona (1960-1980)». *A tumba abierta* formaba parte de dicha tesis.

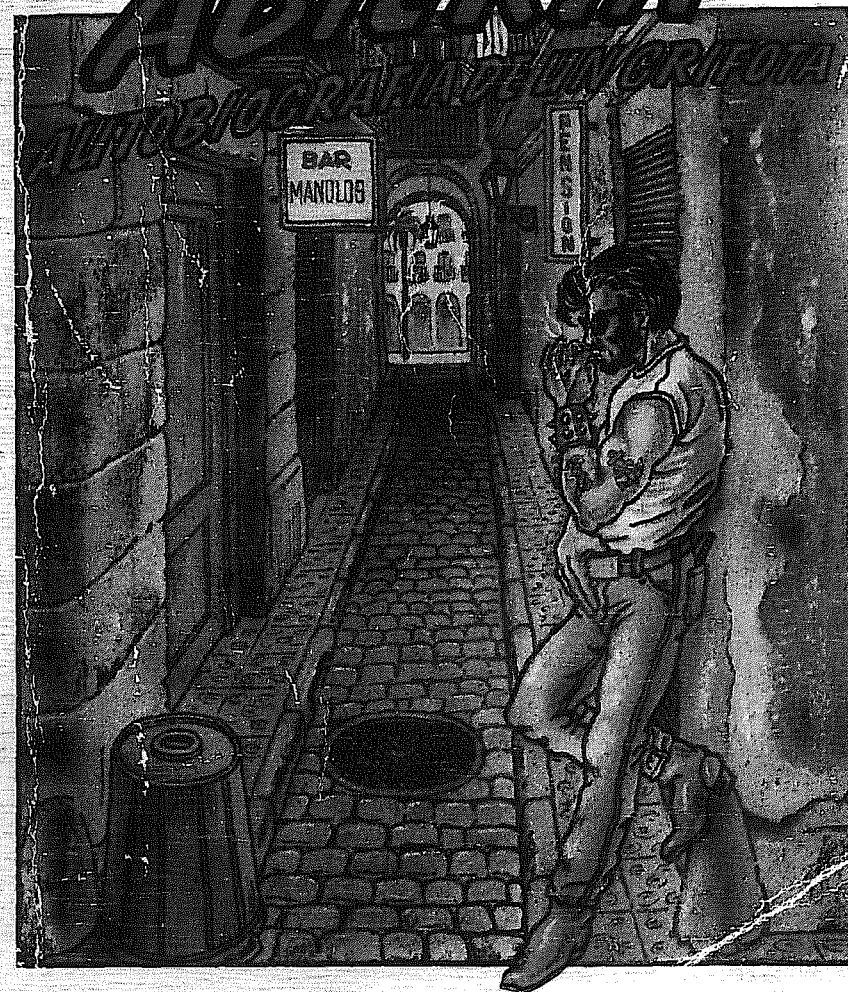
Oriol Romaní: A tumba abierta

53

K

ORIOLO ROMANÍ

A TUMBA ABIERTA



Contraseñas

EDITORIAL ANAGRAMA

Portada:
Julio Vivas

© Oriol Romaní, 1983

© EDITORIAL ANAGRAMA, 1983
Calle de la Cruz, 44
Barcelona-34

ISBN 84-339-1253-4
Depósito Legal: B. 27882-1983

Printed in Spain

Gráficas Diamante, Zamora, 83, Barcelona-18

PROLOGO

La historia de la vida del «Botas» surgió mientras andaba yo trabajando en la preparación de mi tesis de doctorado en Antropología Cultural, que versaba sobre el tema general de droga y cultura.* Este tema lo desarrollé a partir de la investigación etnográfica centrada en una droga concreta —el hachís— y en una época y espacios concretos —las décadas de los sesenta y setenta en Barcelona. Lo que pretendo demostrar en ella, aparte de algunas cuestiones generales sobre la relación droga-cultura que ahora no vienen al caso, es que la aparición del hachís en un área metropolitana como la de Barcelona va ligada en aquel momento a unos movimientos juveniles con características propias —lo que en un momento determinado vino en llamarse «los jipis»— que no consistieron sólo en actitudes miméticas respecto a algo que estaba pasando fuera, a miles de kilómetros al otro lado del Atlántico —la llamada contracultura americana—, sino que también era fruto de un proceso autóctono que, en un momento de desarrollo económico, cuajó en un movimiento informal que tuvo como una de sus expresiones simbólicas características el consumo del hachís. Y esto

* Droga i subcultura: una història cultural del "haix" a Barcelona (1960-1980). Tesis Doctoral, Departamento de Antropología Cultural, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Barcelona (setiembre de 1982).

no era más que un aspecto —quizás uno de los menos estudiados hasta ahora si lo comparamos, por ejemplo, con la historia política, sindical, o de las artes y las letras— de la radical transformación sociocultural que se estaba produciendo, no sólo en el área barcelonesa, sino en el conjunto de la sociedad catalana y española del momento; es decir, el paso de una sociedad «tradicional» —fuese ésta industrial o no— a una sociedad «moderna».

Así pues, para estudiar este proceso en un aspecto tan significativo de la vida social como son los usos y costumbres, me centré en el consumo como embriagante de los derivados de una planta —la «cannabis sativa» o marihuana, para citar uno de sus nombres más conocidos— por parte de dos grupos bien distintos, y consecutivos en el tiempo: primero, los «grifotas», tradicionales consumidores de grifa, pertenecientes a las capas más bajas de la sociedad, muchos de ellos ex-legionarios y cuyo punto de máxima concentración era, en Barcelona, el Barrio Chino y toda la zona portuaria; y luego los «jipis», estos jóvenes melencidos y extravagantes, que si bien aquí no se comportaban con el «descaro» con que podían hacerlo en el «mundo libre», podían resultar mucho más chocantes en una sociedad todavía muy cerrada, recatada y puritana. Mientras los primeros constituían un grupo marginado que encajaba más o menos bien —entre otras cosas por su desarticulación— en aquella sociedad tradicional, sus sucesores en el «fumeteo» construyeron una marginalidad conflictiva, pero que prefiguró muchas de las modas culturales que después han sido características de la «modernidad» (aunque algunos prefieran hablar ya de posmodernidad, cuando aquélla apenas había tenido tiempo de aterrizar entre nosotros).

Una parte importante de la metodología empleada para estudiar todo esto fue la utilización de biografías, técnica que venía exigida tanto por la óptica antropológica del trabajo, como por la misma naturaleza del objeto de estudio. Aunque no creo que aquí sea el sitio más

adecuado para extenderme sobre la tradición que tiene el uso de biografías en las ciencias sociales, no me resisto a recordar, antes de seguir adelante, que siempre que se haya escogido a un personaje adecuado, la biografía puede ofrecer una gran cantidad de información sobre la vida de un individuo y su mundo, y un tipo de información que, además, acostumbra a ser difícil obtener de otra manera: cargada de vivencias, percepciones, sentimientos, valoraciones... es decir, tal como se da en la realidad cotidiana. Y si lo que nos interesa a los científicos sociales es, florituras aparte, conocer la vida de la gente, no hay duda que ésta es una de las formas privilegiadas de acercarnos a ella, sobre todo si sabemos contextualizar la subjetividad de toda historia de vida en unos determinados parámetros teóricos de tipo más general.

Entre la literatura que, de un modo no estrictamente académico, podríamos designar como de carácter sociológico producida en los diez últimos años en España, se han publicado ya algunas biografías o autobiografías, la mayoría de las cuales —y no creo que ello sea una casualidad— tratan sobre personajes más o menos marginales, que no responden a los estereotipos imperantes de «normalidad», aunque algunos de ellos puedan ser muy representativos del mundo en el que viven. Estoy pensando, por ejemplo, en Testimonio de un rebelde de J. Maestre Alfonso (1976), donde se nos presenta la vida de un rebelde, no sólo en el plano político, sino también en sus experiencias y actitudes vitales; en Camina o revienta, de E. Sánchez (1977), las memorias de «El Lute», en las cuales vemos la lucha por la sobrevivencia que despliega un «quinqui» a quien, como él, le ha tocado vivir los duros años de la posguerra, contado además en un momento en que su antagonista se encuentra a medio camino entre su ancestral cultura «quinqui» y la cultura «paya» dominante; Ramiro Pinilla en Antonio B..., el rojo (1977) ha recogido la vida de un joven que podríamos decir que era de los más pobres dentro de una de las comarcas más pobres y olvidadas de

todas las Españas: las Cabrerías leonesas. Hay una publicación más reciente —Las cárceles de Soledad Real, de Consuelo García (1982)— que es también un buen ejemplo de lo distinta —e ilustrativa— que puede llegar a ser una historia biográfica, respecto a otro tipo de historia mucho más aséptica, hecha de números y conceptos abstractos.

Por mi parte, la historia que aquí presento es una de las que forma parte del material en el que basé la investigación de la que hablaba al principio. Esta la orienté a partir de unos artículos que salieron en una de las primeras revistas del «rollo»,* artículos muy sugerentes que me sirvieron de pauta para entrevistar a una serie de gente que, de forma más o menos directa, había participado en el mundo de los jipis, cosa que no me resultó demasiado difícil. Más complicado fue, en cambio, el poder contactar con protagonistas de sus antecesores, es decir, con algún grifota que estuviera dispuesto a hablar de sus «épocas gloriosas». Tuve unos primeros contactos, de resultados bastante limitados, en un caso por haber participado en una forma un tanto marginal en el mundo de los grifotas, y en otro porque el individuo había cambiado de vida y le costaba mucho hablar de aquellas épocas, y cuando lo hacía era a través de una densa capa de prejuicios de persona «honorable», pues casi prefiere olvidar unos «malos momentos» del pasado. Lo cual también es muy significativo —de hecho, muchas de sus informaciones y valoraciones me fueron de gran utilidad— pero no era precisamente lo que yo necesitaba en aquel momento.

En éstas andaba cuando el Instituto de Reinserción de Barcelona (IRES) —institución con la que he colaborado en diversas ocasiones y a la cual aprovecho la ocasión para agradecer su apoyo al desarrollo de mi trabajo—, me puso en contacto con «El botas», un hombre ya maduro y bas-

* Me refiero a la serie de cinco artículos de Pau Malvido que, bajo el título general de «Nosotros los malditos», se publicaron en la revista *Star* el año 1977.

tante castigado por la vida. Después de una primera entrevista en aquella institución, de sucesivos aplazamientos —entre otras cosas, porque «El botas» estaba en la cárcel cada dos por tres— y de muchos tanteos, entre cantidad de cervezas y porros consumidos en los bares y calles que van desde la Avenida de la Luz hasta Correos, pasando por el «Chino», decidimos empezar las sesiones de trabajo.

Estas se desarrollaron de una manera bastante intensa —unas 2 ó 3 veces por semana— durante el último trimestre de 1981, y consistían en que él iba contando su vida delante del «cassette» a partir de un esquema muy general que yo iba sugiriendo, que servía sobre todo para iniciar la sesión. Pero una vez «calentados los motores» ya no paraba, y no sería precisamente yo quien le cortara en medio de la gran cantidad de cosas que tenía para contar, aunque muchas veces no se ajustaran a lo que en principio estaba previsto para aquel día. Después yo transcribía las cintas, y a la sesión siguiente, o a las tres o cuatro —según la variación de temas y otras muchas cosas— volvíamos a repasar lo hecho, aclarando, rectificando, cétera. Finalmente, mi trabajo consistió en reordenar cronológicamente todo el material y retocarlo el mínimo, sobre todo para hacer comprensibles algunas cosas, evitar demasiadas repeticiones y omitir alguna referencia que, teniendo en cuenta como es eso que se conoce como «el mundo de la droga», pudiera resultar todavía demasiado comprometedor, tanto para él mismo como para otros.

La historia del «Botas» es un caso prototípico de grifota, pero sólo desde los comienzos de su vida en pleno corazón del Barrio Chino barcelonés hasta que, a mediados de los años sesenta vuelve a su ciudad, pasando por correccionales, cárceles, «milis» varias, robos, vida errante, la Legión, el trapicheo permanente, el motín en un barco, los campos de trabajos forzados, la huida y la vida fugitiva en Marruecos, los consejos de guerra, etc., etc. Después,

en los años sesenta, desde su zona de venta de hierba empieza a conectar con un público distinto al que él había conocido siempre. Liga con una sueca, con la que después se casará y, a partir de ahí, Suecia, Holanda y Barcelona serán las próximas etapas de su vida. Es decir, a través del trapicheo, conecta con este otro mundo, el de los jipis o, mejor dicho, entra en todo el montaje que, con centro en Amsterdam, se va desarrollando en los años setenta a expensas del prestigio que entre amplios grupos juveniles han adquirido los jipis y «freaks» de todo tipo en Europa. En la experiencia vital del «Botas» quedaba, pues, reflejado de algún modo el cambio de mundo al que me refería antes, el paso de la época de los grifotas a la de los jipis.

Pero su historia no sólo era interesante porque se encontraban concentrados en una sola persona muchos de los principales temas que formaban el objeto de mi investigación sino porque, primero a través de la relación que establecí con él, y después una vez ya terminada la biografía, me pareció claro que se trataba de una historia muy atractiva, tanto por la gran cantidad y tipo de experiencias que contaba —muchas veces tienen la emoción de un sólido relato de aventuras vividas—, como por la manera de contarlo. Un lenguaje con imágenes muy plásticas y un mordaz distanciamiento irónico de las cosas que le llevan a reírse de su misma sombra hasta en los momentos más trágicos y duros de su existencia —y ha sido o, mejor dicho, es la suya una existencia muy dura— le dan a toda su historia un frescor que estoy seguro que el lector sabrá apreciar. Es por ello —bueno, y por una cuestión metodológica básica— por lo que he decidido realizar la transcripción lo más fielmente posible, a pesar de que a veces esto signifique conservar incorrecciones gramaticales más o menos graves. Pero es esa fidelidad la que permite captar todos sus matices y muchas cosas que de otra manera quedarían desvirtuadas, y convierte a esta biografía en un buen material documental.

Así pues, una de las razones que me ha impulsado a publicar esta historia es el interés que tiene en sí misma, interés confirmado por la poca gente que hasta el momento ha tenido ocasión de leerla. Otras razones son la voluntad del mismo protagonista que, a estas alturas, es consciente ya de que la suya es una historia «singular» y tenía ganas de verla en letra impresa; el gran interés que han mostrado por este material los pocos colegas que han tenido acceso a él: es un material que puede dar pie a muchos (y me temo que muy sesudos) análisis por parte de antropólogos, psicólogos, lingüistas, etc. y que aquí pongo a su disposición muy gustosamente; y, no hace falta ni decirlo —pero lo digo para no caer en esa especie de recato que hay a veces de no hablar de las cosas más elementales—, mi interés personal en ver publicada una parte de mi trabajo, con todo lo que ello implica a nivel profesional.

Bueno, creo que es hora de dejar la palabra al «Botas». Al fin y al cabo, ésta es su vida.

Oriol ROMANÍ I ALFONSO

Barcelona, abril de 1983

INFANCIA Y JUVENTUD

Nací el 25 de julio del 37. Mi padre era de la CNT. En aquella época, en el 37, era de la CNT, ¿no? Y mi madre era una chiquilla de un pueblo, ... pero el padre de mi madre era un borracho y mi madre estaba loca por casarse, pa salirse de su padre, de su abuelo y de su padre, ¿no?, y ya está ... entonces nos vinimos a Barcelona. Yo era muy pequeño, claro, nací en el 37 y nos vinimos a Barcelona en el 38, o sea, un año. A más, resulta que mi padre, cuando en el 39 ya Franco estaba metido en Barcelona, casi, entonces mi madre y yo nos fuimos pa Francia, con toda la riada de gente que se iba pal Norte, y cuando estábamos en Francia mi abuela, la madre de mi padre, nos llamó para que volviéramos. Cuando vinimos ya habían matado a mi padre, aquí en la calle Aviñó. Y mi madre sabe quién fue, pero nunca me lo ha querido decir... vamos, no lo ha dicho nunca a nadie. Cuando vinimos, ya había acabado la guerra... ya estaba Franco, de jefe.

Después resulta que nos pusimos a vivir en el barrio chino, allí en una calle donde está Perecamps, que antes era la calle Mediodía... ara no, hicieron Perecamps... vivíamos realquilados en un piso de una gente, ¿no? Mi madre trabajaba y yo, pues, en la calle, con los críos. Yo en la calle no jugaba. Cuando salía a la calle salía con una bolsa, aquí amarrada a la cintura, a coger colillas...

entonces llenaba la bolsa y se la vendía a los tíos que vendían las colillas... y si me daban cinco duros, o veinte pesetas o quince, pues... me comía un bocadillo, me compraba un petardo, que valía cincuenta céntimos... sí, un canuto; después me compraba mi tabaco, me bebía mi porroncito de vino pequeño... siendo un crío, no te creas que... tenía ocho años. Aluego ya mi madre se cambió de barrio, fuimos a vivir con mi abuela; entonces, estando en casa de mi abuela, tuve un problema con una vecina, que le quité treinta duros. Era un barrio más... donde hoy está la calle Wellington, detrás del Palacio de Justicia, que entonces no era Wellington, se llamaba calle Sicilia. Entonces yo estuve allí hasta que un día a una vecina le quité treinta duros y nada, pues me lo gasté en fotografías, de esas fotografías que te hacían montado a un caballo, allí en el parque, o en Colón... tenía nueve o diez años... y caramelos, y hostias y regaliz... ya ves, treinta duros. Y por la noche, la tía pues me denunció, y como estaba el Palacio de Justicia al lado vino la pareja de allí a buscarme a mi casa. Y sí, sí, me llevaron al Palacio de Justicia, y mi madre no se creía que yo le había robado a la vecina y me decía: «Pero, ¿tú has sí?» Y yo le decía: «No mamá, ¡te juro por mi papá que yo no he sí!»... Claro, cuando me llevaron al Palacio de Justicia, con aquellos policías tan grandes, en cuanto uno me dio un guantazo le digo: «¡Sí, sí!» Claro, me llevaron al reformatorio, al Asilo Durán... estuve allí poco, un año y medio o dos, no llegaba a dos años... y me escapé una vez y me cogieron; me cogieron por culpa de mi madre, vaya. Porque mi madre era... yo qué te diré... muy así, muy chapada a la antigua, muy honráa, ¿no?, y claro, había salido un pirata, ¿no? Y ella se creía que en el Asilo Durán yo iba a estar mejor, ¿no?, que me iban a regenerar, ¿no? Y allí, en lugar de regenerarme, lo que hicieron fue hacerme más pirata todavía.

La vida que se hacía allí, ¡buf!, de hambre, toda la que se podía y... trabajar, ¿no? Yo con diez años ya es-

taba haciendo el trabajo de un adulto, yo con diez años estaba en la pulidora de metales, sí, sí, puliendo piezas de metal, pero ocho horas diarias. Me pagaban dos pesetas con cincuenta céntimos. Si el cura me pillaba fumando en el trabajo, me apuntaba el nombre y el día que cobraba venía y me recogía el dinero que me habían pagado, todo, las dos cincuenta que me daban, ¡dos pesetas con cincuenta céntimos! Si te pillaba fumando a mitad de semana, que el cura iba por los talleres mirando ¿no?, y a lo mejor estabas en la pulidora y te salía el humo por aquí y llegaba el tío, te cogía el cigarro, lo tiraba al suelo, lo pisaba y te apuntaba el nombre, el sábado, cuando cobrabas pues, estábamos todos formados: «¡Fulano! la pasta», y se quedaba con el dinero, talmente. Todos eran curas, todos... todavía lo llevan... y lo seguirán llevando. Entonces me fugué una vez y me cogieron, y entonces fue lo peor, ¡joder! Yo claro, me bajé pa mi casa, ¡y mi madre fue la que me entregó! Mi madre me visitaba una vez al mes, el primer domingo de cada mes. Como no la dejaban venir más veces, me traía unas bolsas de comida, ¿no?, bocadillos y chocolate y mantequilla y hostias, y cuando se iba mi madre, cuando se iban todas las familias, venía el cura y decía: «Venga las bolsas.» Las metían en un cuarto, todas. Y cada día, por la tarde, el tío abría la puerta y todos íbamos, porque teníamos hambre y todos íbamos. Y entonces el tío cogía tu bolsa y te daba un pedazo de pan, un poco de chocolate... te daba una merienda o sea, la iba distribuyendo él... ¡a su manera! muchas veces se perdían muchas cosas y otras veces se pudrían. Y yo estaba mosqueadísimo con aquel régimen, claro, y me escapé... y me cogieron, fui a mi casa y mi madre me dice: «Pero bueno, ¿tú no estás en el Asilo Durán?» Yo: «Sí, mamá.» «Entonces, ¿qué haces aquí?» «Pues mira, me he escapao.» «¿Qué t'has escapao? Pero bueno, ¿por qué?» Yo: «¡Coño!, porque me pegan y paso hambre.»... Y ella: «Bueno, bueno, siéntate», me dice. Me siento allí en la mesa, me pone de comer, un potaje de

patatas con garbanzos, como tenía que ser. Y cuando acabamos de comer, ella sigue su rollo, allí, limpiando la casa y yo sentado en la silla así, esperando a ver qué pasaba, ¿no? Y me dice: «Venga, que vamos a ir a comprar, que tengo que ir a la plaza.» Y desde la calle Wellington, el mercado que cae más cerca es el de Sta. Catalina. Ella se arregla, se prepara, coge la bolsa y nos salimos a la calle. Y al pasar por la puerta del Palacio de Justicia, había dos policías armadas allí, y nosotros íbamos por la acera. Cuando llegamos a los guardias, mi madre va y les dice: «Oiga, cójanlo que se acaba de escapar del Asilo Durán.»... Estuve ocho horas en libertad, nomás, ¡joder! Me cogieron, sí, me llevaron adentro al juez y dice: «Pues si se ha escapado, llevarlo allí otra vez.» Me montan en un coche y me llevaron allí. Cuando llego me dieron una... bueno, de momento te metían en cueros, en la ducha. Te metían en la ducha, pa que te ducharas, y cuando te estabas duchando venía el cura con un palo de castaño, que es más duro, que no se rompe ni pa las hostias, y te daba una tunda. Y luego, quince días en el patio firmes, de cara a la pared, mientras los otros jugaban, en el recreo. En la escuela, de rodillas. En el comedor, a comer de rodillas en el suelo. Por la noche, a la hora de acostarse, cuando habían apagado las luces, tu tenías que estar una hora de rodillas. A la hora de tocar pa levantarse, venía el cura, te despertaba y te ponía una hora de rodillas delante de un cuadro de la Virgen, allí como castigo... y así quince días. Y a la mínima que te escandilleabas, ¡palo que iba! Bueno, ya pasé al castigo y a los quince días, que era lo puesto, ¿no?, cuando ya estaba normal, como los demás, pues me escapé otra vez. No quería estar allí, por huevos, pues me fui. De esta época viene que me llamen «El botas», porque aquí, en la «prote», mi madre me trajo unas botas, pa caminar, ¿no?, para andar y eso. Y me las trajo un número o dos más grandes. Y yo jugaba al fútbol, ¿comprendes? Y no veas, ¡daba cada patada! Y los chavales ya no querían jugar conmigo:

«No, con ese de las botas no jugamos», decían. Y ya me quedé con «El botas».

Entonces ya no fui a mi casa. Me fui al puente de Marina y me puse a vivir con una tribu de gitanos que había allí acampaos, en tiendas de campaña, en toldos, vamos. Porque yo cuando me escapé me fui al mercado de la Sagrada Familia. Yo iba por el mercao viendo a donde meter la uña para comer algo, y veo un cuarto, una puerta que estaba abierta, ¿eh?, que entraba un tío y salía con cajas, otro con sacos... y yo digo, «¡Huy, aquí!» Como yo veía las cajas de huevos que salían de allí, que salían paquetes de embutidos y así, yo digo: «Aquí es donde está toda la comida, ¡yo me meto dentro!» Y claro, era un chiquillo, y me metí. Era un almacén del mercao, que cada parada del mercado tenía su mercancía allí, almacenada que si faltaba algo pues iba allí, la cogía y la llevaba a la tienda. Yo cogí un saco grande y empecé a meterle salsichones, chorizos, pedazos de tocino, latas de sardina, dos pollos mataos, todo lo que pillaba. Y claro, cuando tenía el saco casi lleno yo lo pensé, bueno ahora cuando salgas de aquí te van a ver que todo eso es comida, y le puse paja de las cajas de huevo, que los huevos antes venían en paja, pues acabé de llenar el saco de paja. Y no podía con él apenas, lo tenía que llevar medio a rastras... pero me salí con él. Y estaba llovisnando. Y me paro en un portal, en un garage, que tenía la persiana echada p'abajo, como estaba lloviendo me paré allí, metí el saco en un rincón, metí mano, y saco una lata de sardinas. Ya ves tú que podía haber sacao un salsichón y comérmelo a bocaos, pero lo primero que saqué fue una lata de sardinas y cojo una piedra y me lié a machacarla para abrirla, pa comerme las sardinas... y pasó un gitano. Dice: «Abriendo una lata de sardinas.» Dice: «¿Pero con una piedra?» «¡Ya ves, no tengo llave!» Dice: «Trae, yo te la abro, ¿quieres que te la abra?» Digo: «¡Vale!» Saca el tío una navaja así de grande, pam pam pam, me abre las sardinas y toma, y yo cuando abrió las sardinas pues

cojo una sardina y me la como. Y me dice: «Pero, ¿no comes pan?» «Pero si no tengo pan.» Y me dice: «¿Qué llevas en el saco?» «Pues, comida.» «¿Y de dónde la has sacao?» Digo: «La he comprao.» Dice: «¿Dónde vives?» Digo: «Yo no tengo casa.» Dice: «Oye, ¿quieres venir a mi casa?» Digo: «Vale.» Ya, como yo no podía con el saco apenas, se lo cargó el tío al hombro, y me llevó donde estaba su mujer, sus dos hijos... donde estaban todos los gitanos. Me mete dentro de la chabola pequeña, que era un toldo de esos de los bares, que por la noche iban, robaban un toldo de un bar, y luego hacían una tienda de campaña. Llegamos allí, que había ya gente, y a más, ya sabes, los gitanos cuando ven alguien nuevo, pues van todos allí, a ver... bueno, pues empezamos a repartir un pedazo de salchichón a uno, una lata de sardinas a otro, un pedazo de tocino... repartimos toda la comida y se fueron, y yo me quedé a vivir allí con ellos. Eran el gitano, y la gitana, dos gitanillos y yo. Dormíamos allí todos juntos. Por dentro, la chabola aquella era toda de paja, el suelo, y a dormir en la paja con una manta; una manta pa dos, pa tres... Y ya me tiré un año con ellos. Nosotros nos íbamos a los mercaos, a robar lo que podíamos, los dos gitanillos y yo. La mujer iba, con un crío que le prestaban, por los pisos, llegaba, tocaba: «Mire una limosnita, que tal, que cual»... «Bueno, espere.» Y a lo mejor la tía se iba pa dentro. Entonces ella les limpiaba los abrigo del recibidor o lo que fuera... sí, ese era el rollo de ella. El gitano siempre con las tijeras, a pelar burros, a pelar perros... pero nunca pelaba ná, no sé cómo se las arreglaba; eso que entonces había animales, había trabajo para hacer; pero yo nunca he visto a un gitano trabajar. (...) Y un día le quité el monedero a una tía, pero sin correr ni nada, sin que se diera cuenta, me fui andando y me salí del mercao, sin avisar a los otros, a los gitanillos. Y me meto en un bar y pedí un vaso de vino; ya ves, un chiquillo, un vaso de vino. Sí, yo ya estaba harto de beber vino, con los gitanos, todas las noches:

se comía pal mediodía y por las noches, ¡juerga! Bueno, pido un vaso de vino, miro el monedero y había 1.700 pesetas y alguna calderilla, o sea monedas. Y cojo el dinero, me lo guardo y tiro el monedero. Pago el vaso de vino, y me voy a comer a mi casa. Voy; me siento allí y me dice la gitana, el marido no estaba: «¿Qué te pasa, "palillo"?» Porque me llamaban «palillo», payo, y como era un chiquillo, pues «palillo». «¿Qué te pasa, palillo?» «Estoy... aburrío, estoy amargao.» «¿Por qué?» Porque yo les había dicho que yo vivía en Zaragoza, que me había escapao de mi casa y que me había venido a Barcelona, ¿no? «Es que yo quiero irme con mi madre a Zaragoza.»... «¿Y, a Zaragoza te quieres ir?» «Sí.»... «Pues espera que venga mi marido, y ya irás.» Cuando vino el marido, la tía se lo dijo. Total, que comimos el arroz, porque todos los días comíamos arroz amarillo, o marrón, de ese con mucho pimentón, y me dice el gitano: «¿Tú te quieres ir a tu casa a Zaragoza?» «Pues, sí.» «Hala, pues esta tarde coges el tren.» «¡Pero si no tengo dinero pal viaje!» Dice: «Eso no te preocupes.»... Me preparan un canasto, con todo de bocadillos, manzanas, una manta, una botella de agua. «Venga, vamos pa la estación.» Vamos pa la estación del Norte, buscamos el tren que iba pa Zaragoza y cuando lo encontramos, me meten en una perrera. Y me dice el gitano: «Mira, tú te metes aquí, y no salgas hasta que llegues a Zaragoza; tú conoces la estación de Zaragoza, ¿no? Pues cuando llegues a Zaragoza, te sales.» Digo, «¡Vale!» Me meten ahí dentro y ellos estaban en el andén, ahí hablando, esperando que el tren se fuera, yo que sé... yo pensaba, «bueno, como esta gente no se vaya, me voy a tener que ir pa Zargoza, por huevos». Entonces resulta que, antes de que se fuera el tren, se fueron, y yo cuando se iban abrí la reja aquella, salté y dejé la manta, los bocadillos, lo dejé todo. Llevaba el dinero en el bolsillo, mis 1.700 pesetas... y entonces me vengo al barrio chino. ¡Pero ya ves cómo iba! Un año con los gitanos, sin lavarme sin pelarme, sin... ná.

Me meto en el barrio chino, en un bar, todavía existe el bar ese, el bar Peret; entro, miro al mostrador y le pido al tío un pedazo de tortilla y unos pimientos fritos que tenían allí de tapa, y le pido un porrón de vino, y me siento en la mesa. Empiezo a comer los pimientos, la tortilla, con un pedazo de pan, y a beber el vino, y viene una tía y se pone allí a mi mesa y pide un café con leche. Y cuando ya había comido aquello, le digo al tío: «¿Cuánto debo?» Me parece que eran 23 ó 24 pesetas, no llegaba a cinco duros y hago así, meto mano en el bolsillo, y lo primero que me sale, en lugar de sacar un billete de veinte duros, lo primero que saco es un billete de mil pesetas, ¿no? Y la tía lo vio. Pago, el tío me da el cambio, y me siento en la mesa otra vez, a terminarme el porrón. Entonces, la tía estaba fumando, y le pido un cigarro, y me lo da. Y me dice la tía: «Oye, ¿tú donde vives?» Y yo le digo: «Pues no tengo casa.» Así mismo. «¿No tienes casa? ¿Y qué haces aquí en Barcelona?» «Pues mira, me he venido de Zaragoza.» Porque yo, a todo el que me preguntaba decía que venía de Zaragoza. «Y, ¿dónde duermes?» «Pues, donde me pilla la noche.»... Entonces ella me dice: «¡Vente conmigo!» Digo: «¿A dónde?» «A mi casa.» Y me llevó a su casa. De momento, al llegar a su casa me dice: «Venga, lo primero que vas a hacer es desnudarte y meterte en la ducha.»... Claro, iba como un gitano andariego de esos, ¿no? Y sí, sí, me duché y tal y dice: «¿A ver?» Me miró la ropa; la ropa llevaba hasta piojos y todo; pero ella miró para ver las medidas que eran, y la tiró allí en un rincón. Me dice: «Ahora acuéstate aquí», en su cama, ¿no?, «y espera que voy a ver si encuentro algo de ropa pa ti.» Claro, se fue a la casa de compra y venta y me compró un pantalón, una camisa, una chaqueta, unas zapatillas... y así, ya empecé a ir con ella, a salir por ahí, a los bares... pa ella era como si fuese su querido, ¡y venga! Y así estuve con ella, que era puta, y me había visto así, en ese plan y dijo: —pues ¡bah! voy a vacilar con éste... Ara, que yo por las noches me

tenía que acostar con ella, que ella cuando venía por las noches con su borrachera yo estaba en la cama, se metía en la cama conmigo y, venga, dale manteca... hasta que un día me mosqueé, ya. Tenía entonces yo trece o catorce años, y me movía por el barrio chino, porque la tía iba a sus rollos, me daba dinero, se iba, y yo me iba pues también por el barrio; siempre por el barrio, claro.

Empecé a coger amistades, y ya empezamos a salir a robar juntos, a comprar petardos a dos reales, a peseta... primero valía dos reales, luego lo subieron a peseta, y luego lo pusieron a dos pesetas el petardo. Es que entonces no había chocolate, entonces había hierba y resulta que el tío que cogía un paquete de hierba, hacía así y lo hacía petardos; lo liaba él, y al liarlo él, lo mezclaba con lo que quisiera, ¿tú comprendes?, y le sacaba más producto. Entonces lo vendía sobre todo en la calle Las Tapias, en las puertas del cine Diana, que ya no existe. Había allí un limpiabotas, que le decían «El jefe», y ése siempre iba con un montón de petardos en la caja de limpia; claro, los vendía y se ganaba la vida... no limpiaba ni un zapato, porque estaba con el rollo de la grifa. Y ya, cuando me mosqueé un poco porque empezó la policía a meterse con la gente. Porque entonces la policía secreta —ahora no se ve la policía secreta por la calle...— pero antes, la policía salía todos los días a la calle. La policía armada pasaba de todo, no es como ahora; iba los policías por los bares: «Tú, documentación.» Documentación... Pues ya me mosqueé del barrio chino, y entonces me fui a mi casa, a casa de mi madre. Ya había pasado tiempo de la fuga, del rollo, y tal. A más, cuando te escapas del reformatorio no te buscan; si te encuentran, vale, pero si no, pasan de tó. Entonces llego a casa de mi madre y no sé cómo se las arregla mi madre que... se había casado ya, con otro pavo, que ya estaba en casa. Y no sé cómo se lo montan, que al poco tiempo de estar en casa, al mes o mes y medio, ya me habían arreglado los

papeles pa meterme en el ejército... ¡con catorce años! Me meten de educando de banda; como yo había aprendido a tocar la corneta en el reformatorio, pues, me mandaron al cuartel «Jaén 25», que entonces estaba allí en el Parque, en la misma calle Wellington. Me meten de educando de banda «voluntario»; me hicieron firmar por cuatro años, ya ves tú las ganas que tenía yo de ir de voluntario, ¿no? Pero me lo montaron de una manera que no pude decir que no. Y claro, yo en el cuartel, pues ya ves... todos los chavales mayores que yo con veinte años, veintiuno, y yo con catorce años; ¡y yo con catorce años tenía mi poca experiencia de la vida!...

Pues ya me empecé a mosquear con los militares también. Yo estaba de cornetín de orden, y un día nos sacan a desfilar, en la Semana Santa, por aquí, por las Ramblas, por el paseo de Colón... como se hacía antes. Y yo que, en mitad de las Ramblas, hago así, pun, ¡que me voy!... Me salgo de la fila con mi casco, mi corneta, mi mosqueatón, con todo mi correa, vestido de soldado, ¿no?... y me salgo de la fila, y me voy pa dentro... pal barrio, ¿no? Y me meto en un bar, y venga, un vaso aquí y otro vaso allí, con el fusil colgao y tó. Resulta que a las diez de la noche, que estaba yo allí más tranquilo, con mi media borrachera, me vienen dos policías. Y claro: «Tú, ¿qué haces aquí?» Claro, en un bar del barrio chino, a las diez o las once de la noche, ves un soldado, mu pequeño además, con el fusil colgao al hombro, puesto así en bandolera, ¿no?, un machete, una corneta, el casco... «¿Qué haces aquí?» «Pues, ya ven, tomando un vaso de vino.» «Y tú, ¿cómo es que vas vestido así?» Digo: «¡Anda! ¿Yo? Que he venido de desfilar, que es Semana Santa, ¿no?» Me dicen: «¿Tú de qué cuartel eres?» «Yo de Jaén 25.» «¡Pues, hala, vente con nosotros, venga!» Y me llevan al gobierno militar. Claro, en el gobierno militar cuando me dicen: «Tú, ¿de dónde eres?» y lo preguntan, les dicen: «Sí hombre, el corneta que se ha marchao...» Venga, de momento al castillo de Montjuic.» Me quitan la corneta, me

quitan el machete, me quitan el fusil, me quitan el casco, y venga, a Montjuic; me montan en un coche y me suben allá. Me metieron en un calabozo y al día siguiente levantarse, a comer... y por la tarde me cogen otra vez en un coche y me llevan a mi cuartel, al Parque. Me metieron en el calabozo y me tienen allí ocho meses. A los ocho meses me llaman, a la Mayoría, y el comandante me dice: «Bueno, tú ¿qué?, ¿dónde vives?» «Yo aquí, en la calle esa.» «Pues ahora mismo vas a tu casa, te cambias de ropa, te vistes de paisano, y nos traes la ropa ésta que es nuestra.» Mi madre, durante los ocho meses venía alguna vez pero, ¡bué!, a darme la bronca, namás.

Yo, cuando estaba en el barrio comía y vivía y estaba por el barrio siempre. Pero para dormir me iba a dormir a las cuevas... a las cuevas de Ali-Babá. Estaban en Tierra Negra, detrás de Montjuic, allí donde iban las putas callejeras, que se ponían en la carretera, por allí donde pasan los coches y tal. Pero las cuevas de Ali-Babá estaban más arriba. Le decían las cuevas de Ali-Babá porque aquello había sido un hospital, cuando la guerra civil; se entraba por las cuevas por la parte de Montjuic, mirando al mar y podías salir, con un poquito así de coraje, a la Plaza España, por debajo de la montaña, ¿no? Había sido un hospital de campaña cuando la guerra y yo vivía... bueno, allí no vivía yo solo, allí vivía un puñado de gente, mujeres, hombres, allí todos, cuando no venía algún borracho... ara, que pa llegar allí borracho era difícil, porque había un camino así de estrecho, un camino de cabras y si te se iba un pie, no veas el aterrizaje que pegabas, ¡hasta abajo del todo! De allí me fui otra vez de pirata, hasta que caí preso y me metieron en la cárcel. Porque fuimos a San Adrián, yo y otro, que había salido de presidio, del Coto, de Gijón. Había cumplido doce años en el Coto, y después le tocó hacer la mili en el cuartel; o sea que él venía a cumplir la mili arretrasao, porque como estaba en presidio, cuando cumplió del pre-

sidio, tuvo que venir a cumplir la mili y vino al cuartel... y así lo conocí yo. Y cuando a mí me echaron, pues, él se fue del cuartel también. Y nos juntamos y nos fuimos a la iglesia de San Adrián y robamos allí. Reventemos una puerta, entramos dentro, y nos llevamos... El tío decía que todo lo que había dentro de la iglesia era de oro y de plata. Y venga, cargamos un saco, y otro saco; y no había nada de oro. En las parroquias esas así lo único que tienen de oro es el copón, que es una copa, ¿no?, y el hueco que lleva por dentro, allí donde se mete la hostia, lleva una lámina que se quita y se pone, y esto es lo que es de oro, pero no pesa ná, es como si fuera un baño, mu finito. Es el único oro que había. Y el tío decía que todo era de oro. Bueno, total que encontramos también veinte medallones, así, de esos de una congregación católica, que llevan una cinta muy ancha y el medallón abajo... esos sí que eran de oro; y treinta mil pesetas. Y nos vamos, y lo enterramos en un sanatorio que hay ahí por San Adrián, me parece que es de tuberculosos, o no sé, uno que había por ahí. Hacemos un bujero en el suelo, con el mismo pico, una zanja, metemos los sacos, lo llenamos de tierra y nos vamos a su casa. Nos repartimos el dinero y los medallones y él se quedó allí en su casa y yo me vengo aquí, al barrio. Resulta que, a los quince días de estar yo en el barrio —él sabía donde yo paraba— pues viene allí, al bar donde yo paraba, a un bar que ya no existe, le decían «El Bodegón». Entonces estaba liao; como tenía dinero, pues me había liao con una chica de 17 años que estaba de puta callejera, porque como no tenía edad para estar en una casa de putas... bueno, liao con ella, pss, de aquella manera. Liao en el bar pa beber, para ser amigos, namás. Y llega el tío y se presenta. Digo: «¿Qué haces aquí?» «Mira, que se me ha terminado el dinero que me tocó y he cogido un cáliz y lo he cortao a pedazos y vengo a venderlo.» El tío creyendo que era oro, claro. Y digo: «¿A quién se lo vas a vender?» Había una puta que le llamaban «La francesa»,

que tenía dos hermanos, que eran franceses también pero que se dedicaban a robar, y esos tenían compradores. Dice: «Vengo a buscar a la francesa para ver si me lleva a algún comprador de su hermano.» Sí, sí, vino la francesa y se lo lleva, se va con él a un comprador; y el tío le pagaba a 22 pesetas el gramo —este comprador estaba un poco loco, porque si no era oro...— pero el tío no se lo quiso vender. ¡A 22 pesetas! Porque si yo lo sé, lo vendo, sabiendo que no era oro... ¡y es que el otro se creía que era oro! Cuando ya la francesa había visto todo el tejemaneje con el otro comprador, le dice: «Espérate, que voy a buscar yo a otro comprador. Tú espérame aquí.» Lo deja en un bar y, sí, sí, le trae dos compradores... dos policías secretas. Lo cogen al tío y se lo llevan a Jefatura, le dan su correspondiente ración de palos y dice dónde estaba enterrado todo, quién había ido con él y claro, como el tío sabía el nombre... Bueno, pues yo estaba esperándolo en el bar, en «El Bodegón», ahí sentado en la mesa, y entra la policía, como siempre. En aquel bar no era raro que entrase la policía cuatro o cinco veces al día, era un bar de puñaladas, de follones y de hostias. Resulta que entra la policía y me pide la documentación a mí. Entonces no había carnet de identidad, era una hoja de cédula, la cédula blanca, que era pa la cartilla de racionamiento y todo, vamos, que servía de carné de identidad. Y me pide el tío la documentación, yo hago así, saco mi hoja y se la enseño. El tío me mira y dice: «¿Tú te llamas así?» Y yo: «Sí...» Dice: «Mira, no me engañes que no sabes lo que te juegas. ¿Ese eres tú?» «Pues claro, soy yo.» «Pues venga, vente conmigo.» Y me llevan pa la Jefatura de Policía, aquí en Vía Layetana. Me suben a un despacho, y al entrar en el despacho había una mesa, tapada con una sábana y debajo de la sábana todo unos bultos, ¿no? Y yo no sabía de qué iba, no me podía imaginar, porque hacía sólo un rato había visto al otro, ¿no? Me dicen: «Pasa, pasa...» Me meto pa dentro y entonces el tío tira de la sábana y me veo

allí todos los cálices, todas las bandejas, toda la historia aquella y entonces el tío me dice: «¿Tú conoces eso?» Digo: «Sí, eso son los cacharros que usan los curas pa las misas...» Paf, paf, me da el tío cuatro guantás. «Eso ya lo sé que es lo de los curas. Digo si lo conoces porque ha estao en tus manos.» Digo: «En mis manos, ¡qué val! Yo... yo no soy cura.» «¡Tú eres muy listo!» Pam, pam, más guantazos. «Espérate, que ahora me lo vas a decir. A ver, ¡que suba el otro!» Y me suben al otro, que iba con los ojos así, todos hinchaos. Dicen: «¿Era éste que iba contigo?» Dice el tío: «Sí, sí.» Pom, pom, venga, al calabozo. En el calabozo venía comiéndome el coco: «Mira, que yo he salío de presidio, que tú eres la primera vez, que tú te haces cargo, que a tú no te pasa nada, que a mí me van a meter veinte años...» Yo me digo: «Buf, ya lo tiene claro, ese...» El tío quería que yo me hiciera cargo de aquello. Total, que nos llevan a la cárcel.

Cuando llego a la cárcel, me pongo de corneta; como siempre que entro en la cárcel, siempre me ponen de corneta... entonces repartían el vino en el centro, donde estaba el corneta. Ponían una mesa con una palangana con el vino, y otra con agua pa lavar los vasos y la gente formaba... Y yo, cuando veo salir al tío de su galería, yo estaba sentao enfrente de donde ponían el vino comiéndome la prueba de la comida, la prueba que traen pal jefe y eso, que se la come el corneta. Y yo, cuando le veo salir de su galería pa beber vino y venía hablando con uno, y riéndose; pero lo vi tan satisfecho y... y... y yo me di cuenta: «Pero este tío, hijoputa, después de la ruina que me ha buscao y el tío está tan tranquilo.» Yo no tenía nada que perder porque estaba, como aquel que dice, solo, ¿no? Pero él tenía su mujer y sus hijos. Y yo estaba comiendo y lo vi tan satisfecho, tan riéndose y eso, que hago así, dejo el plato en el suelo, me cojo la cuchara, me voy pa él y sin decirle nada, ¡plas!, le metí un viaje con la cuchara aquí al pescuezo, en busca de él que iba, ¿no?, claro, ¡me había buscao la ruina! Coño,

se había chivao de mí y encima quería que yo me hiciera autor de... ¡no te digo! Claro, en seguida pum, pum, ¿qué pasa? Entonces, rápido me cogen y me suben al castigo. Claro, le había metido aquello en el cuello; yo no le había hecho nada grave, ¿no?, pero le había dao un raspón así... y me meten en la celda de castigo. Por la tarde me llama el jefe de servicio, que ya se ha muerto este tío, L. F. se llamaba, que estuvo de director, y me llaman L.F. y M., que era el jefe de centro. M. era un tío que se ponía allí en el centro, se fumaba los petardos y se quedaba más tranquilo vacilando con todo el mundo, ¿no? A.M. se llamaba, como el cantante, ¿no? Bueno y me dicen: «¿Tú por qué has hecho eso?» Entonces yo le conté a L.F.: «Yo se lo he hecho y yo a este tío le tengo que matar porque a mí me ha pasao esto. Vamos a robar, lo cogen a él, se chiva de mí, y luego viene a que yo me haga autor del delito, ¿no?» Entonces le llaman a él, y empiezan a preguntarle a él, también. Y entonces L.F. se mosquea ya y dice: «Tú, lo que pasa, es que vas de listo. Ahora mismo tú vas a hacer aquí una declaración jurada y la vamos a firmar de testigos yo y aquí Don A., diciendo aquí que ese chaval no tiene nada que ver con esto. Nosotros vamos a firmar de testigos, porque no queremos complicaciones.» Porque L.F. se lo dijo: «Es que ese chaval, ¡igual te va a matar!» Claro, ya habían visto el intento de hacerle daño. Entonces el tío hizo la declaración jurada, sí, la firmaron de testigos el jefe de servicio y el jefe de centro, y de allí mismo la cursaron al juzgado. Y a los tres días de cursar la instancia vienen los del juzgao y me dan libertad provisional... llevando 6 meses. Cuando salí a la calle, yo empecé a rodar un poco y me dije: «Yo, ¿qué hago?» Y me fui a la Legión.

Me junté con dos chavales y me dicen que nos vamos a la Legión Francesa. «¡Pues vamos!» Y salimos de Barcelona andando, hacia arriba, pa Francia. Y venga andar un pueblo, otro pueblo, otro pueblo... y llegamos a Figueras. Y claro, yo sabía leer, ¿no?, y los otros también. A mí me interesaba saber las cosas de la Legión Francesa. Y yo veía por los periódicos que a los franceses, en Indochina, les estaban dando caña fuerte, que la estaban pringando, vamos. Y, cuando lleguemos a Figueras, claro, me entró miedo de ir a la Legión Francesa. Digo: «Mira, me meten allí, me matan... y ya se acabó la historia... No, no.» Yo, cuando llegué allí, les dije a los otros: «Mira, yo paso de la Legión Francesa.» «¿Cómo, no vienes?» «No, no, ¡yo no voy!... Yo me voy a la Legión Española, que allí no hay guerra y además mucha grifa, ja, ja.» «Bueno, pues nosotros nos vamos.» «Pues, adiós.» Y ellos se fueron pa Francia. Yo en Figueras me fui a un cuartel que tenía un anuncio de banderín de enganche de la Legión Española y tal, y digo, «Vale, aquí estoy yo.» Y me apunto a la Legión, allí. Me meten dentro del cuartel, me dan de comer, me dan una cama y al día siguiente me facturan —me facturan con papel y todo, ¿eh?— me facturan pa Barcelona. Y llego aquí, y el tío de aquí me toma los datos, que cómo me llamo y tal, y que tengo que esperar una semana, que al cabo de una semana me presente

en la estación de Francia, a las nueve de la mañana. Resulta que a las nueve de la mañana de la semana siguiente, ¿no?, voy allí y me veo al legionario del banderín, con una poca de gente, pero entre aquella gente habían dos amigos míos de pequeño, se habían apuntado igual que yo, unos que había conocido en la protección de menores. Bueno nos montamos, ¡hala!, de viaje, a Madrid. Llegamos a Madrid y yo llevaba... 35.000 pesetas. Cuando llego, lo que pasa, ¿no?, la gente esa que son muy así, como llevan tiempo allí y son veteranos, y uno va «alobao», que no sabe... te chillan, te dan la bronca. Me dieron un mono que cabían tres, tres tíos como yo, me pelaron al cero y me dieron un gorro que, buf, me llegaba hasta las orejas, ¡un gorro muy grande! Y le digo al tío: «Oye, que esto está grande.» Y me dice: «Bah, pues lo arreglas.» Ya ves... Bueno, resulta que por la tarde nos dejan salir de paseo, todos con unos monos grandes, unos gorros grandes, pelaos al cero; parecíamos... cosas raras. Pero como yo llevaba dinero, me ajunto con esos dos amigos de pequeño y nos salimos a la calle. Empezamos un vaso aquí, otro vaso allí, pacá, pallá... a los tres días, eran las cinco de la mañana y estábamos en la estatua del Cascorro, sentaos en el pie de la estatua, con un melón cada uno y una navaja. Y llegó la policía, claro. Nosotros con el mono de la legión, yo ya había perdido el gorro, y sin ir por el cuartel los tres días. Llega la policía y dicen: «Y ustedes, ¿qué?» «Nosotros somos legionarios.» «¿Ustedes son legionarios? Vamos, hombre, vamos...» Nos llevan a comisaría, llaman al banderín, y «Sí, aquí nos faltan tres tíos de la última expedición.» «Pues aquí los tenemos.» «Vale, ahora venimos a por ellos.» Total, que vienen dos legionarios con sus machetes y pum, pum, que si desertores..., bueno, acabamos de llegar y ya éramos desertores. Bueno, de momento al calabozo, del banderín. Quince días, hasta que se juntaron 90 tíos —que eran expediciones de 90—. Y cuando se juntaron los noventa, venga, pallá, al tren. Iban todos en el tren sueltos, ¿no?,

pero nosotros teníamos siempre a dos legionarios allí, al lao. Nos montan en el barco, y en el barco nos meten en el calabozo... ¡pa una noche! Llegamos al día siguiente a Melilla —veníamos de Málaga— y allí ya recomiendaos: «Estos tíos son unos desertores, han desertao del banderín.» ¡Ni desertar ni hostias! ¡Nosotros no habíamos firmado ni ná! No era deserción, porque la deserción es cuando ya llevas el uniforme puesto y estás, pues, en algún servicio, ¿comprendes? Pero si llegas allí... yo sé de muchos tíos que se han apuntao con la borrachera. La borrachera les ha dao un golpe de patriotismo... y cuando han llegao allí y al día siguiente se les ha pasao la tajá y han visto aquello, dicen: «¡Huy!, yo me voy...» Y, sí, se han ido y no les ha pasao nada. A veces en el viaje mismo del tren, de Madrid a Málaga, o de Madrid a Algeciras, el tío ha dicho: «Qué, que no voy pallá» y s'ha bajao del tren y se marchao... y no es desertor. A más, como no hay ni un papel, ¿comprendes? Bueno, total, que allí en la Legión veníamos recomendados desde el banderín y todos los palos eran pa nosotros. Y yo cada vez lo veía todo aquello más negro.

El campamento lo hacíamos ya con los mismos legionarios. Entonces, con esa gente, todo el día marcando el paso, tirándote al suelo, corriendo paquí, corriendo pallá, cuando ibas al tiro se te ponía el hombro, ¡no veas! ¡Joder! ¡Te pegaba cada viaje el mosquetón aquél! Y además que a los quintos les dan el armamento de los quintos, ¿no?, que ya he pasao por todas las manos. Bueno, aquello pues, ya se pasó, fueron tres meses y se pasó rápido, ¿comprendes? Y ya entonces, cuando han pasao los tres meses, te dan ya de alta en la Legión. El día que te dan de alta se forma ahí una película, una historia con el coronel, allí y todos... aquel día haces lo que has aprendido en tres meses, todo lo que has aprendido lo haces... ¡y bien! Allí el desfile, himnos, pim, pam, y ya te dan de alta, ya no eres recluta. Es como una fiesta, ¿comprendes? No es jura de bandera, porque entonces

no jurábamos bandera. Resulta que cuando te dan de alta vas a la compañía y ya no eres recluta, eres veterano. Llegas a la compañía y te llaman a la oficina: «Ven-ga, los que han dao de alta, todo el mundo a la oficina.» Llegas allí, entra uno, y el capitán de la compañía tiene los papeles, tiene la documentación de cada tío. «Tú has firmado tres años, ¿no?» «Sí.» «Pues firma aquí.» Tres mil pesetas, mil por año, vamos. Entonces ya, si te vas... eres desertor.

Luego yo entré ganando dos pesetas con sesenta céntimos al día... ya ves; claro que entonces un kilo de kiffi te valía treinta pesetas. Ibas al estanco y te vendían paquetes de picadura, como aquí esos paquetes de picadura, de esos que los abres y sacas un poquito, así... de esos. En el estanco, allí en Marruecos, te vendían paquetes de estos pero de kiffi, en el mismo estanco. Era, no sé, como un souvenir de allí. Eso era exactamente en Melilla, en Kauema, a veinte kilómetros de Melilla. Entonces tú llegabas al estanco y comprabas un paquete de esos... pero no te lo podías fumar. Porque esos paquetes, cogían la mata, y la ponían entera, al cortarla, ¿comprendes?, y venía aquello pues... sí, venía kiffi, pero... Si te comprabas un paquete de esos, te tenías que ir a un sitio tranquilo, que nadie te molestara, te ponías una madera, una tabla, vaciar el paquete y empezar a expurgarlo, a separar los palos, las hojas, las semillas; y cuando ya lo habías quitado todo, de un paquete te podías fumar siete u ocho petardos... no valía la pena, porque, ¡tanto trabajo! Valía la pena mejor llegar como yo, por ejemplo, que iba a la casa del moro, al campo abierto, a la cábila y entonces decíamos: «Deme medio kilo.» Pues quince pesetas, tres duros; te lo daba en rama, como si fuera un ramo de espárragos, igual, no? Entonces tu cogías cada ramita, le quitabas las hojas, limpiabas el kiffi y lo amasabas poco a poco para que se soltara de la semilla, así, con la mano mismo. Mira: se coge una rama y le quitas, de momento,

las hojas; las más chiquitinas y también las grandes, y dejas el kiffi puro, que namás que le queda la semilla. Bueno, cada cañamón está tapao por cuatro hojas, hojas muy chiquitinas y el cañamón en medio, ¿no? Claro, ¡no vas a ir abriendo las hojas! Cuando ya has quitao las hojas grandes, la grifa, entonces coges la rama y haces así, y lo coges todo, y haces una bola. Al hacer esa bola, entonces la maceras un poco y lo dejas caer encima una tabla. Y con el cuchillo vas pasándole, vas haciéndole así y el kiffi, como no pesa, se queda arriba y entonces los cañamones van rodando, se van bajando solos de la madera; y ya entonces te queda el kiffi limpio, limpio, limpio. Y haces otra vez una bola, la echas aliento, incluso le puedes echar saliva, o le puedes echar cerveza, para que se humedezca un poco... no un litro, ¿no?, unas gotitas; y cuando ya se ha hecho una pelota mu dura, mu dura, lo más dura que has podido, entonces la asientas en la madera y con el cuchillo pun, pun, la cortas. Entonces fumas el kiffi limpio, ¿no? o sea, la droga limpia.

Entonces yo lo hacía así, a lo mejor: me iba de la compañía, llevaba 15 ó 20 duros en el bolsillo, y me llevaba a lo mejor un jersey de otro, no mío, o una camisa, o unas alpargatas nuevas... sí, porque era fácil; allí toda la gente tenía las taquillas, donde guardaban sus cosas, pero casi todas llevaban el mismo candao, de esos baratos. Y entonces a uno le pillaba la taquilla abierta, y si no se la abría, y venga, las alpargatas nuevas, una camisa o un pantalón nuevos, un jersey... todo, pun, pun, pacá, al macuto, vamos... vamos al campo... Iba al campo a la cábila, ¿no? Y llegaba y le decía al moro: «Mira, esto y esto y esto.» Claro, el moro compraba y de una camisa te daban diez duros, un jersey... siete duros, unas alpargatas 15 pesetas... bueno, pues con todo lo que llevabas ya no te daba dinero, te daba kiffi. Tu entonces el kiffi lo cogías, pun, pun, lo limpiabas, lo preparabas; y allí había una puntilla, de todos los que vendíamos allí, de a ver quién lo daba más puro, más limpio. Claro, es que yo

no fumaba petardos; bueno, sí fumaba petardos, pero muy pocos. Fumaba a lo mejor un petardo por la mañana, sin taba, limpio, puro, ¿no?, y éste me duraba ya toda la mañana, ya aguantaba toda la mañana. Pero a lo mejor, en un momento de descanso, siempre tenías tu *matué* con tu kiffi para pipa y tu pipa: cuanto más bonita era, era mejor. Y cuando decían en la instrucción: «¡Descanso a discreción! ¡Fumarse un cigarro!» o «rompan filas» sin moverse de aquí, rompen filas para que te puedas sentar un rato y fumar un cigarro. Entonces te ponías allí en un árbol, te sentabas, te fumabas tres pipas y cuando llamaban otra vez, pues el mismo rollo. Por ejemplo venía uno y te decía: «Qué, ¿nos fumamos una pipa?» «Vale», y el tío sacaba su *matué*, su pipa, su palo raro... porque todos los aguilillas llevaban su palo, una simple vara de un rosál, sin trabajar ni ná... los aguilillas eran la gente que no fumaban bien, que fumaba porque veía fumar a los demás... pero no eran vacilones.

Allí entonces había tres clases de gentes, tres clases de vacilones: habían grifotas, aguilillas como el kiffi... porque yo he llegao muchas veces a la cábila sin dinero, con dos duros, y decirle al moro: «Dame un cuarto de kilo.» De ese cuarto kilo, ¡no tirar nada! Bueno, sí, tirar namás que los cañamones porque los cañamones pum, explotan, pero de hierba y palos y eso, nada. Y encima, estando cortando y ver que aquello era muy poco, y salirme afuera, al campo del moro y cogerme unas pocas de hojas de algodón, y hojas de patatas, y sentarme y ponerme en la tabla, plan, plan, plan, y cortar las hojas de patata y las hojas de algodón y mezclarlo con la grifa, con el kiffi..., ¡bua! Y hacer un montón. Y comprarle al moro dos libritos de papel y... ¡a liar!, a liar petardos de aquellos. Y irme pal campamento con los petardos, ya liaos. Claro, como yo era vendedor, y todo el mundo me conocía que vendía kiffi, bueno, llega uno y dice: «Oye, dame un paquetillo.» Y un paquetillo valía 10 reales, dos cincuenta. Un paquetillo era una caja de cerillas llena

de kiffi picao pa pipa: salían 14 pipas, sí señor, 14 pipas. Porque, claro, no iba a llenar la caja prensándola. Abrías el paquete de papel, hacías así, la llenabas; y si salía un palmo, la ponías al ras. Esa era la medida: 14 pipas justas, nada más. Y eso lo sabía todo el mundo. Pero llegar así al campamento, meterte en el cafetín y venirte uno y decir: «Oye, dame un paquetillo.» «No, nomás que tengo canutos» «¿Namás que tienes canutos?» «Sí...» «¿Y es del tuyo?» «Del mío? No hombre, ¡qué pasa! Si yo te lo vendo, luego qué fumo... si quieres canutos.» «Bueno, pues dame diez canutos.» «Diez pesetas.» ¡Diez canutos, diez pesetas! Las diez pesetas que yo me había gastado en el moro... ¡y llevaba cien canutos encima! Aluego venía otro: «Oye, ¿tienes...?» «Sí, ¿qué quieres?» «Mira, que ahora no tengo dinero, dame cinco canutos hasta el día de las sobras.» «Vale, toma.» Sacabas tu libreta: fulano, tal compañía. Llevaba una libreta de contabilidad, con todas las compañías. Porque el día de las sobras no pagaban todos juntos. A lo mejor tu capitán tenía prisa y pagaba a las nueve de la mañana para no tener que esperar, ¿no? Y decían: están pagando en tal compañía. Cogía la libreta y decía: en tal compañía tengo a fulano, fulano y fulano... total son 150 pesetas... ¡a por ellos! Te ponías con la libreta en la puerta de la compañía, y el lápiz. Los tíos cobraban y estaban locos por salir, ¿no?, pa ir a privar. Y salían y les decía: «Oye fulano, un pavo.» «¿Un pavo?» «Sí, de cinco canutos que te di el otro día en el cafetín de fulano.» «Ah, sí, toma, que no me acordaba.» Es que aquello, como no lo controlaras, te quedabas sin nada... ¿qué pasa? Tú sabes lo que son aquellas fieras, o bueno, lo que eran aquellas fieras, ¡allí! Mira, ahora la Legión ya no es lo que era, ya no es Legión, que ya es un cuerpo normal, un cuerpo del ejército, namás. Pero, ¿tú sabes la cantidad de pasta que se ahorran así? De momento, antes, en la Legión, pagaos, pues cada año se ajuntaban... 5.000 tíos. De esos 5.000 había pocos

que volvieran a su sitio, a España. El que volvía, volvía hecho polvo: majara perdido, grifota, borracho...

La Legión es una escuela de drogadictos y alcohólicos... ¡jera! Porque yo tenía un capitán en mi compañía que... tú llegabas a la compañía de nuevo, ¿no?, era un capitán de máquinas, de ametralladoras y morteros, ¿no? Y el tío, cuando llevabas cinco o seis días o una semana en la compañía, él ya sabía todas tus andanzas. El no te veía a ti pa nada; pero como esa gente todos tenían en su compañía una pequeña plana mayor de él: de chivatos, de espías, ¿comprendes? Entonces, a ti te llamaba el capitán, a su despacho. Decía a su asistente, a su ordenanza, ¿no?; a su enlace: «Oye, enlace: que vengan a verme a la oficina fulano, fulano y fulano. Toma una lista.» El asistente llegaba y decía: «Fulano, fulano y fulano, que el capitán os quiere ver.» Y los ponía a todos en la puerta de la oficina, de firmes, en cola. Y te llamaba el capitán y te decía: «Vamos a ver: ¿cuánto tiempo llevas en mi compañía? ¿Tú de dónde has venido?» «Ah, pues mire, yo he venido de tal compañía, de tal Bandera...» «Oye... ¿tú te emborrachas, bebes vino?» «Yo, mi capitán, bebo, sí, pero yo borracho, ¡no! ¡Huy, no!» El tío mosqueao, claro. «Yo, borrachera... un día que me emborraché estuve devolviendo y ya...» «Vale, vale, muy bien. Y, grifa, ¿cómo te va? ¿Fumas mucha o qué?» «¡Oh, yo, mi capitán, ¡eso no!» Claro, como entonces estaba aquello castigao con el pelotón... «Vale, vale, tranquilo.» Cogía el tío un papel: «¿Cómo te llamas?» «Fulano.» «Pues mira, toma; coge ese papel, y coges tus cosas, tu ropa, tu equipaje, ¿no?, y te presentas al teniente de semana en tal compañía de tal bandera...» O sea, que el tío sólo quería en su compañía gente que bebiera y que fumara. Tú estabas fumando una pipa, pasaba el capitán por tu lao y hacía así, te ponías firmes, y él decía: «Seguir, seguir.» Ya la gente ni se ponía firmes, porque un capitán tuyo no te iba a hacer nada porque te permitía que fumaras, o que bebieras. Que estuvieras allí formao

y sacaras la botella del macuto, te pegaras un trago, le dieras un trago al otro; te guardaras la botella, y estuvieras haciendo la instrucción con la botella auestas. En cambio, él no fumaba ni bebía, tenía dos úlceras de estómago. Ara, cuando el tío llegaba con el dolor de estómago, no había quién parara a su lado. Claro, porque el tío agarraba y ¡hala!, al campo de instrucción. El tío sentao en su caballo, él mandaba. Y decía: «Preparaos. A mi altura, en posición.» Y eran armas pesadas, que son morteros, ¿no? Y al momento, una ametralladora al hombro, un trípode, una placa de 33 kilos de hierro, y el mortero... ¡buf! «A mi altura, en posición», y el tío le daba al caballo dos espuelazos y el caballo salía por pies, y el caballo se paraba, pues, a 400 metros y tú tenías que salir corriendo, primero uno, después otro, otro, otro... A su altura en posición significa poner cada uno su pedazo de pieza en donde está él, y todo preparado para cuando el tío diga: «¡Fuego!» Y claro, el tío se daba un paseo a caballo, de 400 metros y tú tenías que ir cargao, ¡buuuu! pun, pun, pun, cada uno en su sitio, tiraos en el suelo, y la máquina montada. Y esto se hacía en dos minutos.

* * *

Estábamos destacados en lo alto del monte Gurugú, en uno de esos castillos que no tenían ni water ni... ná, ¿no? O sea que tú estabas por la noche en la cama y te entraban ganas de hacer de vientre, pues te tenías que salir... a la calle, afuera del castillo. Y a más, en lo alto del Gurugú, que las nubes tapan la montaña; o sea, que estábamos muchas veces nosotros más altos que las nubes; las nubes estaban más bajas que nosotros. Pues resulta que una mañana me levanto yo a... a hacer de vientre, claro. Y me salgo, con mi jersey puesto; el jersey y la camisa. Un jersey nuevo, que lo usaba como de

bata... pero estaba nuevo. Y me pongo a hacer de vientre y me veo al jefe de mi pelotón, al cabo primero, que estaba tratando con un moro, allí. Y cuando yo termino, pues me arrimo allí, ¿no? «Buenos días, a sus órdenes mi primero» y tal. Y el moro diciéndole que quería treinta duros por un pollo grande, que estaba vivo, ¡sí! Y entonces el cabo primero decía que no, que le daba veinte. El moro decía que por veinte duros no lo vendía. Yo hago así y le digo: «Oye, paisa, mira, te cambio el pollo por el jersey ese que está nuevo, ¡me lo acabo de poner!» Delante del cabo primero. Y el moro dice: «A ver, date la vuelta.» Me mira por todos laos, me levanta las manos, pa ver si estaba roto; ¡estaba nuevo! Dice: «Vale.» Me quito el jersey, delante del cabo primero, se lo doy, me cojo el pollo y me voy sin jersey al cuartel. Entro dentro, dejo el pollo por allí, nos vestimos, hacemos la instrucción y nada, ¡no pasa nada! Pero yo veía que el cabo primero del pelotón no me decía nada, pero me miraba así, un poco desde lejos, ¿no? Pero yo no le hacía caso. Resulta que a los dos meses de estar allí, te daban el relevo y te mandaban al castillo de mando. Y claro, el día del relevo todo el mundo contento porque en el castillo de mando ya te podías ir pa un lado, pa otro: como había más gente, siempre había gente libre. Y claro, cuando estábamos destacados venían los moros a traernos kiffi allí, ¿no?, lo vendían allí al lao. Y el día que íbamos a hacer el relevo nos compramos un kilo de kiffi entre 4 ó 5. Y lo preparamos, lo cortamos... para fumar, antes de hacer el relevo. Y después cogimos una bota, de vino, de esas de dos litros, y la llenamos de cazalla. Y nos sentamos en la explaná donde hay una veleta pa señalar adonde tenía que ir el aire, que es lo más alto del Gurugú. Nos sentamos allí, ¡con un sol que pegaba! Y venga fumar grifa y a beber cazalla. Se vació la bota y... a llenarla otra vez. Y cuando ya era la hora del relevo, que eran las cuatro de la tarde, tocan para formar. Cada uno ya tenía sus cosas preparadas. Y for-

manos. Como esas armas se llevan en mulos, pues cada uno estaba firmes, al lao del mulo, en su sitio. Y cuando ya estábamos formados, va el cabo primero de mi pelotón y le da la novedad al capitán. Dice: «Sin novedad, mi capitán; lo único que "El botas" está borracho y no puede aguantar la marcha.» Y yo estaba tieso, tieso, firmes, ¿no? Si hubiese estado tambaleándome... Y yo, cuando lo escuché, me quedé así, parao: «¿Yo estoy borracho? ¡Tú eres un hijoputa!» Así mismo. Y el capitán dijo: «Este al pelotón.» Y ya me arranqué pal capitán. Claro, con la borrachera... Lo ligué del pescuezo: «¿Yo al pelotón? ¡Comunista, hijo de puta!» Y el tío sacó la pistola y me la puso en la cintura, ¿no? Y yo apretándole el pescuezo, y diciéndole comunista, hijo de puta. ¡Y a ver! Claro, todo el mundo se quedó cortao. Y había un cabo primero que era vasco, que era amigo mío. Bueno amigo, no, era amigo de todos, porque era un chaval muy bueno. Fumaba, a lo mejor, poquito; él lo que más le gustaba era jugar a las cartas. Y éste, al ver que yo me buscaba la ruina con el capitán, pues el tío salió de la fila y con el subfusil me dio un leñazo aquí, en el pescuezo, y me tiró al suelo. Claro, me dejó K.O., con la borrachera y el palo en la cabeza, me dejan seco. Total, que cuando ya me desperté del palo ese, estaba amarrao encima de un mulo pero así, el mulo pallá y yo atravesao, con los pies pa un lao y las manos pa otro, por debajo de la barriga del burro, para que no me pudiera escapar. Y me llevan al cuartel general, con el relevo. Nomás llegar allí, me bajan del burro y venga, «¡ese tío, al pelotón!» Y el cabo del pelotón era un tipo, ¡no veas!, era de Extremadura, de por ahí, o de Badajoz, pero de esos de pueblo, no de capital, de esos que crecen por los montes aquellos... y el tío, bueno, namás que me vio, estaba yo sentao, le dice al vigilante: «Este, ¿a éste qué le ha pasao?» «Pues el capitán López Ramón, y tal...» «¿Este es el que le ha pegao al capitán?» ¡Ya decía que le había pegao! Yo nomás que lo había cogido del cuello... «Tú, ¿por qué le

pegas al capitán?» Digo: «Yo no le he pegao...» Yo estaba sentao, ¿no? Con la resaca de la borrachera, bueno, de la borrachera y el palo que me habían pegao, que me dolía la cabeza. Resulta que el tío me dice: «¡Ponte firmes! ¿Tú sabes quién soy yo?» «Sí...» Dice: «Yo soy el cabo, el jefe del pelotón. Y cuando hables conmigo, ¡tienes que estar firmes!» «A éste, ¡ponerle el saco!» Digo: «Joder, qué rápido va esto, ¿no? Sin pasar por la Junta...» Porque cuando vas castigao, se hace como una juntilla con el que te castiga, y el que manda por encima del que te castiga. Y nada, me sacan fuera, me ponen un saco lleno de tierra, amarrao con unas cuerdas, y me lo ponen, ya está; un saco de 30 kilos en la espalda. Como si fuera una mochila, pero de 30 kilos de tierra, ¿comprendes? Y allí, toda la tarde. Por la noche, llega la hora de cenar, cenamos, todo el mundo allí sentao, y yo de pie, con el saco. A la hora de dormir, todo el mundo a dormir, y yo a dormir con el saco. Y por la mañana, a la hora de trabajar, ¡venga!, todo el mundo a trabajar y a mí me endiñan un pico y una pala y... con el saco, a trabajar. Pero yo no trabajaba en equipo. El cabo ese, que tenía una mente bastante retorcida, había visto que yo había hecho una falta gorda, ¿no? Y para ponerse a bien con el capitán de mi compañía y eso, pues el tío dentro del pelotón me castigaba a lo que el pelotón daba posibilidades. Y me pone a abrir boquetes, un hoyo redondo, marcao por él, y tenía que vaciarlo a un metro. Y cuando ya estaba vacío, salirte del hoyo, y la misma tierra que habías quitao, meterla otra vez. Y en el otro lao, tenía otro marcao: ¡me marcó cuatro hoyos de esos! Y yo hice el primero, y después me enrollé con el segundo, ¿no? Y cuando estaba picando en el segundo, viene mi capitán montado a caballo, me viene y me dice: «¿Qué, ya se te ha pasao la borrachera?» Digo: «Sí, mi capitán.» Y me dice: «¿Cuánto habías bebido?» «Nos bebimos cuatro litros de cazalla.» Dice: «Y, ¿de fumar?» «Nos fumamos un kilo de kiffi, en arguilé...» Dice:

«Vale... Oye, ¿a ti quién te ha puesto el saco éste?» Digo: «El cabo...» «¿El cabo te ha puesto? ¿Por qué?» «No sé, ha dicho que si le habían dado orden... no sé.» Entonces le dice al vigilante: «¡Vigilante, dile al cabo del pelotón que venga!» Y dice el vigilante: «¡Venga tú! ¡Suelta el pico! ¡Marchen de frente!» Dice el capitán: «¿Cómo que marchen de frente? ¡Este se queda aquí y tú le dices al cabo que venga!» «Está a mi cargo, mi capitán...» «Bueno, está a tu cargo, pero ahora me hago cargo yo. ¡Venga, larga!» Normal, ¿no? Y vino el cabo. «Oye, ¿a ti quién te ha dao orden para ponerle el saco éste a ese hombre?» «Bueno, yo se lo he puesto porque después de lo que le ha hecho a usted...» «¿Y a ti qué te importa lo que me ha hecho a mí? ¡Venga, quítale el saco! Y aluego que se presente en mi compañía, que tengo que hablar con él.» Sí, sí, me quitaron el saco, me fui a la compañía, y no me dijo nada, pero por la tarde me llama. Dice: «Mira, bueno, lo siento; pero después de lo que has hecho, te tengo que echar de la compañía. Yo sé que tú funcionas bien, ¿no? Pero es que ya te has pasao, esta vez...» Una cosa es funcionar y otra cosa es quererte cargar al capitán, ¿no? Y me echó de la compañía y me mandó a unas armas más pesadas; a cañones de acompañamiento de infantería. Y allí estuve un tiempo, hasta que vino un comandante nuevo; bueno, nuevo, no. Uno que se había ido con la segunda bandera al Sahara, desde Tahuema. El fue como de pionero al Sahara con una bandera. Era llegar al Sahara y aquello era desierto, ¿no? Y aquí me planto, y aquí me hacéis una casa, y aquí otra, y tal... Pero los tíos sin mujeres, sin bebida apenas, sin nada que hacer na más que trabajar y aguantar el sol. Los tíos, así que tenían ocasión, se licenciaban de la bandera aquella y se iban a otra... y se quedaba la bandera vacía. Pues, por eso, se quedó sin bandera y vino y le hicieron cargo de la bandera nuestra, de la bandera mixta. La bandera mixta es la de las armas pesadas. El tío estaba pasando revista, y yo estaba en mi sitio y es-

taba arremangao, claro, como se va en la legión, con las mangas hasta aquí, y con todos los tatuajes al aire; y el tío me mira, se viene pa mí y me dice: «¿Tú cuánto tiempo llevas de tercio?» «Llevo tres años.» «¿Y has tenido algún destino?» Digo: «No.» Mira a su ayudante y le dice: «Tómale el nombre a ése.» Y el jefe de mi sección, el teniente Colilla, le decíamos, estaba en máquinas, y también lo echaron, lo mandaron... a mi compañía, a la 18, la de acompañamiento, que era la más dura; allí mandaban a todo lo mejor del tercio, ¿comprendes? Un día, estando con él en la teórica, estábamos allí todos sentaos en el suelo, con las máquinas, el tío preguntando, y llega un coche a la puerta de la compañía. La puerta tenía un patio, que era donde se formaba, y se baja un coronel. Y el cuartelero, que estaba en la puerta: «¡Compañía! ¡El coronel!» Uau, todo el mundo rápido, firmes... y sale él, pun, pun, pun, un taconazo con las espuelas, llega allí y dice: «¡Sin novedad en la compañía, mi coronel!», le saluda, baja la mano y dice: «Hola, papá, ¿cómo has venido aquí?...» Dice el otro: «Mira... he venido a traerte tus maletas y... a casa no vengas más, ¿eh?» Así mismo, delante de toda la compañía, ¡al teniente! Y era porque el tío era coronel de Infantería, y el tío quería tener a su hijo en su regimiento, en su cuartel, ¿no? Pero el hijo, como era un pirata, se había ido voluntario para la Legión, de teniente. Sí, son tenientes de academia, que cuando ya son oficiales, pueden pedir el ejército que más les guste, ¿no? Bueno, pues ése se vino a mi compañía. Y cuando el comandante se quedó conmigo y ya pasó de largo, se viene el tío muy mosqueao y dice: «...¿Tú qué has hecho?...» Digo: «Yo, nada.» «¿Qué has hecho aquí en la parada, que el comandante se ha quedao contigo?» Digo: «Nada.» Dice: «Bueno, bueno, ya hablaremos...», y se va y se pone en su sitio. Cuando llegamos a la compañía, después de la revista ésa, llega una orden de que al día siguiente me presente, a las 9, en el despacho del comandante. Pues ya me tienes a mí con el rollo

cortao; ¡yo tenía que ir a comprar kiffi aquella tarde!, y ya no pude ir. Porque si me tenía que presentar en el despacho del comandante, pues, lo primero tenía que lavarme la camisa y dejarla como, como una paloma, el pantalón lo mismo, las botas, limpiar el correa, ¡buf!, pa presentarte en revista, ¡normal! ¡Y ya me ha jodido la tarde! Bueno, pues al día siguiente me presento yo allí, todo el mundo se va a la instrucción y yo me voy al despacho. Y llego: «¿Da usted su permiso?» «¡Adelante!» «A sus órdenes, mi comandante, se presenta ante usted el legionario de 2.ª fulano de tal y tal.» «Vale, vale, vale... menos rollo», me dice el tío, «menos historia». Claro, te presentas delante un pavo d'esos sin saber quién es y tienes que ir pues... como marcan las ordenanzas. «¿Tú qué haces con el fusil?» «Pues, como iba a la compañía a instrucción, pues yo...» «Bueno, mira, te vas a la compañía, dejas el fusil, dejas las cartucheras, y te vienes aquí, con las trinchas, namás.» Bueno, voy a la compañía, dejo el mosquetón, dejo el correa, y los tíos que quedaban en la compañía, los tíos que se despistan de la instrucción dicen: «Bueno, ¿y a éste qué le pasa?» «Nada, que me ha dicho que me presente con las trinchas namás.» Y me presento con las trinchas. Y cuando llego, había otro, de la 17 Compañía, que era amigo mío, también igual, del mismo rollo que yo. Entonces nos llama a los dos y dice: «Mira, bueno, ustedes os vais a quedar de enlaces conmigo, porque los he escogido yo, de enlaces; y vais a estar un día cada uno. Así que os jugáis a cara o cruz a ver quién se queda hoy, y mañana que venga el otro...» Y así estuve con él, un poco tiempo, hasta que... me mosqueé; ¡porque ya estaba harto de Legión, hombre!

Me mosqueé y me fui, a los 4 años de estar en la Legión. ¡Me fui por la cara! Bueno, se lo dije a un chaval amigo mío. Bueno, amigo no, uno que yo vi, que estaba siempre en la compañía allí muy amargao, que no hablaba nunca con nadie, que parecía que tenía miedo a

todo el mundo; y yo vi que el tío estaba amargadísimo, ¿no? Un día estaba sentado en la cama y le digo: «Oye, ¿te vienes a tomar una cerveza al mesón?» Dice: «No tengo dinero.» Digo: «Bueno, te invito yo...» Porque por 15 pesetas te ponían una cerveza de tres cuartos de litro, de fabricación morube, o sea del moro; pero una cerveza que no veas cómo coloca; ¡parece que le echan grifa dentro, al hacerla! Nos sentamos en el mesón y digo: «¿Qué te pasa?» Dice: «Calla, hombre, estoy amargao, mecagüendí, no sé si pegarme un tiro...» Digo: «¿Qué va hombre, ¿nos vamos a Francia?» Dice: «¿Cómo?» Claro, el tío no se podía imaginar que el enlace del comandante, que tenía trato con los oficiales y con el coronel incluso y que estaba pues, mejor..., pues no se podía imaginar que me quisiera ir... Me dice: «¿Tú eres capaz de irte a Francia?» Le digo: «Sí.» «Pues vale, nos vamos.» Digo: «Vale, ¿cuándo nos vamos?» «Cuando tú quieras.» Digo: «Pues espérate tres días. Espérate tres días, que prepararemos el buticlán... nos preparamos el equipaje y nos vamos.» Esos tres días, pues, yo llegaba a la casa del moro y me llevaba lo mejor... Un día le llevé una garrafa de vino; pa que la guardara. Otro día dos botellas de coñac y una de anís. Otro día un macuto lleno de latas de leche condensada y galletas y tabaco y cerillas y hostias... Otro día le llevé dos nueve largos, con tres cargadores cada uno; no a la vista, si lo veía el moro, se lo quedaba pa él. Resulta que, cuando ya lo teníamos todo, hablo con el moro, le digo: «Mira, vamos a venir un compañero y yo y te vamos a traer toda la ropa de un legionario, cada uno. El traerá la suya y yo traeré la mía. Te vamos a traer el fusil, el correa, la munición... todo. O sea, que nosotros nos vamos a marchar con todo lo que tenemos, y te lo vamos a traer todo aquí. Tú nos vas a pagar, y nos vas a pasar la frontera.» Sí, claro, porque yo sabía dónde estaba la frontera. Pero como ellos, los moros, se dedican a traficar por ahí, se conocen los caminitos, en fin, todo. Y el moro dice:

«Vale.» Hicimos un precio y nos dio... 10.000 francos marroquí, que era cuando había los francos marroquí... Un franco marroquí valía dos pesetas, estaba más subido que la peseta. Hicimos el trato. Total, que llegó la noche que teníamos que hacerlo y nos presentamos los dos allí. Como si fuéramos de caza, nosotros, con el fusil al hombro, el macuto... ¡hale, vamos! Llegamos allí, se lo damos todo al tío. Nos paga, y aquella noche nos quedamos en su casa, claro, en la cábila. Nos dio el dinero, nos puso de comer, estuvimos allí fumando el kiffi, bebiendo el té... y por la mañana tempranito, a las 4 o las 5 de la mañana, con un burro cada uno; el que venía conmigo con un burro, y con otro, y el cuñao del moro de la cábila aquélla. El moro aquél era un jefe de cábila —el jefe de cábila es, ¿cómo te diré?, como el cabeza de familia, pero de un sitio que hay varias familias...—. Y así lo hicimos. Yo llevaba un tejano, una camisa dentro, una chilaba encima, y un *talbo* de esos colorao —un gorro d'esos que llevan los moros—, y el otro igual... y en el burro. Y la pistola del 9 largo aquí, apalancáa, cargada y preparada pa... pa lo que fuera. Y nada, pasamos la frontera. Después el chaval, el cuñao del moro que nos hacía de guía, nos llevó más lejos de la frontera, a un sitio donde dijo: «Bueno, aquí ya podéis ir ustedes solos.» Lleguemos desde Tahuema a Casablanca en 23 días. Ibamos en burro, ¿no? O sea que no creas tú que nos dolían mucho los pies. Pero yo estaba harto de burro y tó. Y empecemos a vender los burros, a un moro le vendimos los dos. Bueno, no se lo vendimos, nos hizo un cambio: nos dio kiffi, nos dio dinero, nos dio comida..., era una carga terrible pa tanto andar. Ya cuando llegamos a Casablanca, y nos metimos en una capital y como llevamos dinero, nos pudimos quedar muy bien.

Al cabo del año, nos cogieron. Y nos cogieron porque yo llevaba aquí, en la frente, un tatuaje, llevaba un escudo de la Legión, en pequeño, mu pequeño. Y claro, te-

níamos una pistola cada uno. Y nosotros vivíamos de la pistola porque... no sabíamos el moro, no sabíamos el francés... allí todo el mundo hablaba francés, ¿no? Te encontrabas a lo mejor alguno que hablaba español, o hablando en francés contigo a lo mejor te invitaba a un té o a un vaso de vino y... s'acabao. Total, que vivíamos de la pistola. Pasábamos por un cafetín, veíamos que ya no había nadie, que estaba aquello a pique, por la noche, ¿no?; entrabas y decías: «¡Venga, la pasta!» Dos pistolas 9 largo, cargadas y un moro viejo, y quizás algún otro moro dentro pues... te soltaban el dinero; nunca te daban todo, ¿no?, siempre te decían «namás tengo esto». Y ya lo sabías, pero, mira, pegabas un pellizco aquí, otro de allí... adonde les metíamos caña era a las casas de putas: allí son clandestinas, está prohibida la prostitución, allí; y, llegas a una casa de putas, y llamas: abren el chivato, ven un tío o dos tíos, abren y entras. Y hay un salón, donde están sentadas todas las tías, ahí en sofás, en butacas... miras, la que te gusta, la llamas, te vas con ella, pagas y ya está; pero esta gente siempre tenía dinero. Llegamos, abren la mirilla, nos ven, entramos. Estamos mirando, nos invitan al té —allí el té es la bebida... nacional—; estamos bebiendo el té, hacemos así, pun, sacamos las pistolas: «¡Que nadie se menee! ¡El dinero! ¡La pasta! ¡El flus!», le llaman allí. «¡Venga, el flus!» Ya, si había algunos tíos esperando para irse con las tías, se mosqueaban; se mosqueaban pero no podían hacer nada, se tenían que estar sentados, normal. Cada uno se echaba mano a la cartera, te lo daban, las tías también. Un día nos metimos hasta las habitaciones de arriba, llamando de habitación en habitación: abría la tía, me veía la pistola: «Venga, la pasta.» Joder, ¡hasta que nos cogieron! Nos cogieron porque nosotros no teníamos domicilio. Vivíamos en la playa, y en la playa había una barca que estaba en la tierra, que no navegaba, estaba rota; tenía un bujero así, que es por donde nosotros entrábamos, y vivíamos dentro de la barca, era nuestra

puerta. La barca estaba así, tumbada. Y dentro tenía todos sus rollos; la sala de motores, sus cosas... en fin, una barca de pesca, que estaba rota y llevaba allí infinidad de tiempo cuando nosotros nos metimos allí. Estábamos los dos. Aluego un moro que haciéndose el remolón se coló un día por la barca y le tuvimos que poner la pistola en las narices: «¡A ver tú! ¿Qué haces en mi casa?» Bueno, pues; ya habíamos tres. Ya empezó a correrse la voz de que allí vivía gente... y un día llegó la policía y... ¡bsss!, hizo una pesca: vació la barca de pescaos... y después resulta que entre los pescaos estaba el del tatuaje en la frente, ¿comprendes?, que tenía bronca por todo Casablanca. Y empezaron a decirme que si yo me había buscao la ruina, que si tenía un talegazo de acusaciones de atracos... ya ves, ¡atracos!, mira tú lo que te podías llevar de un cafetín... Con eso que yo lo vi un poco negro, ¿no? «¿Qué pasa, con tantos atracos, atracos...?, yo no soy atracador, yo soy legionario. Yo soy desertor de la Legión Española, ¿eh?» Digo, s'acabó la historia. Y es que Franco había hecho un tratao con Mahamed V de, a todos los desertores que los detuvieran, que cuando estuvieran detenidos los tuvieran a pan y agua, que no les dieran de comer; y que los entregaran a Marruecos español.

Pero los moros lo habían pillado al pie de la letra. Sí, sí, te detienen como desertor, y nos meten en la Jefatura de Policía de Rabat, nos llevaron a Rabat. Y allí nos metieron en un calabozo y allí, un día, y otro día, y otro, y todos los días, con una barra de medio kilo, de las que venden aquí de medio kilo, media pa tol día, pa todos. Pero lo lógico era que te detuvieran, que te tuvieran dos o tres días allí, te montaran en un coche, y te llevarán pal otro lado. ¡Pero no! Lo que querían los tíos, los muy hijoputas, era llevar expediciones grandes; te cogían primero y te tenían hasta que juntaban 60 ó 70 personas. Fíjate, nos moríamos de hambre. Dormíamos en el suelo, sin mantas y sin nada: la cama tuya era tu ropa.

Pero yo me la quitaba, la desliaba, hacía un paquete y me la ponía de almohada... como aquello estaba tan limpio, namás que había agua por todos laos, y se limpiaba mucho; y mucha calor que hacía en aquellos calabozos, no tienen aire acondicionado ni nada...; porque en esos calabozos también tenían a unos moros que tenían pasta... bueno, eran de un partido político que no quería la independencia de Marruecos, que querían estar con Franco. Y esos moros estaban detenidos allí, en el Marruecos francés, porque habían quitado la bandera de Marruecos en Nador, y habían puesto la bandera española otra vez. Porque allí estaba la bandera española: al llegar la independencia quitaron la española y pusieron la de Marruecos y esos tíos pues, un rollo d'esos. Y esa gente, como eran de un partido y estaban ayudados desde la calle, les traían comida de un hotel. Y ya ves, nosotros desde nuestra celda viendo como aquellos tíos jalaban la comida del hotel, y nosotros con el pan y el agua.

Pero un día me viene uno que había desertao también. Pero éste tenía daño en el oído, le supuraba el oído, ¿no? Y lo llevaban a curarse. Lo sacaban de la Jefatura, lo montaban en una furgoneta, lo llevaban a un dispensario, allí lo curaban, y lo volvían otra vez. Y un día me dice: «Oye, mecagiendiez... yo, cada vez que voy al dispensario me puedo marchar, pero no puedo porque voy yo solo...» Y van dos policías con él, pues no puede un tío solo, ¿no? Tiene que tener mucha suerte. Resulta que me dice: «Si pudiéramos ir dos o tres... si fuéramos tres, nos podíamos ir por lo menos dos.» Y yo me quedé caviando y digo: «¡Joder!... Oye, y ¿qué hay que hacer para ir al dispensario?» Dice: «Mira, ponerte malo...» Digo: «Vale, ya tengo la manera de ponerme malo.» Yo había visto que allí había pan duro, que la gente ya no lo comía; es que ya te comías el pan y te dañaba el paladar, te dañaba la boca por dentro. Digo, yo me curro una página del apéndice y me llevan al dispensario, ¿no? Dice: «Vale.» Y digo: «Pero falta otro.» Cogemos a un chava-

el policía, ¡buf!, namás que llegó me coge, me levanta y ¡puf!, me da un puñetazo en la barriga: ¡entonces sí que me dolía! Me lleva y yo «ay, ay, ay». Y el tío: «No te quejes, hombre. Te dolía y has salido corriendo, ¿no? ¿Y ahora qué quieres? ¿Salir corriendo otra vez?» Me meten pa dentro del dispensario, me tumban encima una cama, y empiezan a quererme mirar. Cuatro tíos y no me pudieron mirar. Yo, doblao, así: me estiraban los pies, me estiraban de los brazos, y nada, yo no me dejaba, no había manera. Ya eran los nervios, ¿no? En un caso así no es que tengas tú fuerza; son los nervios, que se te ponen de una manera que no hay quien los domine. Y claro, le dan el parte al comisario, el encargao de los españoles. El otro, el de la oreja, se escapó. Como vino detrás mío, el pavo, pues el otro se escapó.

Bueno, resulta que llega el comisario allí, y el médico del dispensario dice: «No, no, llevarlo al hospital; no hay manera de saber lo que tiene ese tío. Que lo lleven al hospital.» Sí, sí, en el mismo coche del comisario, con dos policías y él conduciendo. Y me dice —el comisario hablaba español—: «Ahora vamos al hospital», y me lo dice el tío por la cara, «ahora vamos al hospital, y como no tengas nada, cuando lleguemos al Hotel Police» —porque la brigada de ellos le llaman el Hotel Police— «cuando lleguemos allí... ya te lo diré.» Yo me dije: «Vale, buf, ya verás tú, que si me puedo pirar del hospital... me vais a tener que pegar dos tiros.» Pero no, no pude. Me llevo al hospital, rápido, viene un pavo con una camilla, me montan encima la camilla, me meten en un cuarto; yo solo, ya, sin policía ni nada. El comisario y los polis fuera del cuarto aquél. Me vienen unas enfermeras que, venga, que me quitan toda la ropa. Me quito la ropa y me tumbo en la camilla; en cueros, tumbao en la camilla. Vacilando con los tatuajes, las enfermeras, y con el rollo... hasta que viene una doctora: una doctora alta, rubia; y me habla en francés, me pregunta que qué me pasa. Y me quedo mirándola y digo: «Yo no soy fran-

cés, yo hablo español.» Y me dice la tía: «Ah, ¿usted es español?», pero en español. Y digo: «Sí...» «Yo también hablo español, yo estuve estudiando en Madrid, y tal.» Digo: «Vale.» Me dice: «¿Qué le pasa?» Y yo le digo: «Mire, la verdad, a mí no me pasa nada. Yo llevo dos meses y pico a pan y agua, aquí en el Hotel Police, en Rabat y entre un compañero y yo hemos intentao fugarnos; porque... pa morir de hambre, pues preferimos morir por ahí. Y mi compañero se ha escapao, y a mí me han cogido. Y ara, estos que están ahí, el comisario y los policías, me ha dicho el comisario que si no tengo nada cuando llegue al calabozo, que entonces sí que voy a tener.» ¡Es normal! Y digo: «Yo he simulado el ataque de apéndice y ...namás.» Entonces dice: «¡Bah! Tú no te preocupes; te operamos y ya está.» Digo: «Oiga, oiga, ¡que a mí no me duele! ¿Cómo me van a operar?» Dice: «Mira, no seas tonto, ¿tú quieres que no te pase nada? Te opero, y ya está.» Digo: «¡Pero, hombre, si no me duele ni ná!» Y dice: «No, mira, si en Alemania los niños, cuando nacen, los operan del apéndice y no les duele ya nunca. A ti te opero ahora, ya no te duele nunca, y encima te salvas de este lío.» Así se enrolló la tía, muy bien. Y nada, da una pila de instrucciones allí a las enfermeras, me montan en una camilla, me tapan —y yo en cueros, la ropa la tenían allí en una bolsa, que la metieron— y me llevan por el pasillo. Me pasan por delante del comisario —ellos estaban esperando, a ver qué pasaba— y el comisario le pregunta a una enfermera que adónde me llevan, y la enfermera le dice que al quirófano, a operarme: yo le vi la cara al comisario, ¡se quedó flipao! Y se lo preguntó dos veces: «Pero... ¿a operarlo?» Dice: «Sí, sí. Tiene apéndice y hay que operarlo.» Y ya me quedé tranquilo, por eso. Me operaron, pero al mismo día siguiente, y ya me dolía, claro, entonces sí que me dolía... y estaba en pijama, en la cama y lo primero que hago, que tenía una sed que me moría, me levanto y voy pal lavabo, a beber agua. Entonces una

enfermera me coge del pelo, y no me dejó beber agua, que no podía beber agua. Digo: «Vale, a la cama.» Y me trajo un vasito mu pequeño, de leche, para que me la bebiera. Y aquel día ya estuve un poco así... enterándome de cómo iba aquello, asomándome por la ventana de la habitación mucho rato, ¿no? Y por la noche me salgo con las zapatillas y el pijama. Me voy por el pasillo, pun, me voy al jardín. Me subo a un árbol, tenía unas ramas de esas así, que se puede andar por encima. Y me subo a lo alto de la muralla. Una muralla relativamente baja; y me subo encima, en pijama y con las zapatillas. Me asiento en la muralla, y me voy dejando caer, y me quedo colgao por las manos. Pero al quedarme colgao, ¡cras!, siento un tirón aquí, en la herida. Pero yo me dejé caer, ¿no? Me dolió un poquillo pero, nada, lo dejé. Eso era en Rabat; me voy andando por la calle, por el lao del hospital; y viene un taxi y le paro. Al tío, namás entrar en el taxi le digo: «A Casablanca.» Yo quería ir a la barca... a mi casa, a la barca. Y me siento detrás, y le pido al tío un cigarro, al moro que era el taxista. Me da el cigarro, lo enciendo y... yo iba muy tranquilo pero iba como así, medio amargao; amargao, ¡como que me quedé sin conocimiento en el asiento del taxi! Por aquí todo manchao, un manchón de sangre... claro, se rompieron los puntos, y empezó a salir sangre. Y el moro que me ve, se da vuelta y me lleva otra vez al hospital. Y ya en el hospital, digo: «¡Vale, aquí otra vez!» Me quitaron el parche, y me volvieron a coser otra vez. Al día siguiente, como dan parte a la policía, pues al día siguiente dos policías... de la brigada. Se relevaban cada 6 horas. Claro, yo al principio no tenía policía, pero al escaparme me los pusieron dentro de la habitación. Yo estaba en una sala que habían ocho camas, cuatro y cuatro. Todos eran moros, ¿no? El único español era yo. Y allí, los dos policías. El uno se sentaba por ahí, se ponía a leer, hablaba con los demás... estaba a su rollo. Luego venían otros dos, se relevaban y, como todos hablaban el mismo

idioma, francés y moro, no había ninguno español, cuando venía el relevo se tenían que hacer un parte, firmar, que se hacían cargo de mí y tal, y después me decían: «Ça va bien?», que quiere decir «¿Estás bien?» Y yo decía «¿Y tu puta madre cómo está?» Ja, ja... sí, hombre; y así, a todos los ponía verdes, claro, no sabían español. Y un día estaba yo haciéndole el té a uno —que estaba muy chungo, el pobre: yo les hacía el té, les traía agua; como yo podía moverme. No podía salir de la habitación, ¿no?, pero dentro de la habitación podía moverme; y me ponía a jugar con uno a las cartas, a la escoba, y eso—. Entonces estaba haciéndole el té a uno y llega el relevo. Y yo cada vez que venía el relevo, a lo mejor ya, como me conocían, les palmeaba con la mano y decía: «¿Qué hay, hijoputa?» Y el otro decía: «Ça va bien?» Y aquel día, no sé, me dio por arrimarme al guardia y decirle: «¡Buenos días!» Hace el tío así, me mira y dice: «¡Buenos días! ¿Tú eres el que estás aquí...?» Digo: «Sí... hombre, es el primer guardia que me habla español.» Dice: «Sí, es que yo nací en Tánger, de padres españoles y hablo español.» Y yo pensé, «pues mira qué suerte, que si lo llego a saludar de la otra manera...». Estuve en el hospital ocho días. Y cuando la doctora me dijo que bueno, que ya me iba a dar de alta, se enrolló la doctora; y me hizo una recolecta de dinero y comida para llevármelo al calabozo, pues ya sabía la doctora que estábamos a pan y agua. Yo había hablado con la doctora; vamos, casi todos los días hablaba con ella. Y entre los enfermeros y enfermeras, y la gente de dinero del hospital, fue ella haciendo una recolecta. Me trajo 3.000 francos y una caja de cartón así llena de pollos, de medios pollos, pollos enteros, plátanos, manzanas, pan... de todo, pa que lo llevara pal calabozo. Cuando yo me tiré al calabozo con la caja aquélla, ¡duró cinco minutos! Claro, todo a repartirlo, sí... Aluego, cuando ya no quedaba nada, yo pensaba: «Mecaguen mis muertos. ¡Os habéis puesto todos moraos, y ahora yo tengo hambre!»

* * *

Bueno, pues entre antes y después del hospital me tuvieron tres meses a pan y agua allí en Rabat. Como me operaron, el comisario no me pudo hacer nada, ¿no? Fui a su despacho, cuando me sacaron del hospital y me dijo que le enseñara la... operación. Yo llevaba un parche todavía, y me lo despegué —era así, un poco grande...—, me lo despegué y se lo enseñé. Ya estuve allí en el calabozo tranquilo, ¿no? Los policías me miraban de otra manera, diferente, después de eso... y me decían que yo tenía la culpa de que el otro se hubiera escapao; porque al otro no lo cogieron; ¡ya no lo he vuelto a ver nunca más! Y el joven, claro, no se pudo escapar: ¡si le habíamos dicho que se cortara las venas para escaparnos nosotros, namás! Bueno, pues al poco de operarme, al cabo de unos veinte días nos dicen que nos vamos pa España. Venga, que nos vistamos, porque allí en el calabozo estábamos en calzoncillos, ¿no? Claro, como hace mucho calor y estás ahí metido... aquello, a pesar de que no estaba sucio pero, la ropa, tres meses sin quitársela, pues no veas... Que nos vistiéramos que nos iban a llevar pa España. Nos metieron en unos autocares, espositos, de dos en dos, con policías armados. Después venían coches de policía... como una caravana, de dos autocares, pero custodiados por la policía... algo raro: dos autocares y muchos coches de policía, motos y hostias. Nos llevaron a Ceuta; desde Rabat a Ceuta. Allí, en Castillejos, un pueblo que se llama Castillejos, que es la frontera, digamos, de Ceuta a Marruecos. Allí nos entregaron a la Guardia Civil. Y la Guardia Civil se montaron también en el autocar con los moros. Y cuando llegamos a El Achu, allí nos estaban esperando. El Achu es una fortaleza militar que sirve de presidio, allí, en Ceuta, que pertenece al 2.º Tercio; aquella fortaleza la llevan vigi-

lantes, legionarios, del 2.º Tercio. Hay algunos que son muy hijos de putas, pero hay otros que son buena gente, traían kiffi y eso.

Entonces ya, nos seleccionaron: los del 2.º Tercio se quedaron allí en El Achu y a los demás, pues nos tuvieron que llevar a Melilla. Y sí, sí, nos montaron en un barco, con la Guardia Civil, y nos entregan a Melilla. Y en Melilla, ¡no veas tú la prisión de Melilla...! La prisión militar. La peor de España y la que más fama ha pillao. Primero la prisión de Rostrogordo era bastante buena, ¿no? La gente no salía al patio ni nada, estaba todo el día encerrada en las brigadas y namás salía al patio para coger la comida, y el domingo, pa la misa pero... aquello era un cachondeo. Dentro de las naves, de las brigadas, había un rincón que servía de bar; otro que había un tío que tenía una colchoneta llena de kiffi, y que vendía kiffi; otro que tenía en otro rincón un «meublé» allí montao; sí, porque como había muchos maricones allí... Y toda la gente medio desnuda, sin ropa; se la vendían. Allí llegaba un tío, que a lo mejor llegaba de conducción; con su maleta, su saco petate y eso. Le daban la colchoneta y se tumbaba ahí, en cualquier rincón, donde podía. Pues por la mañana, cuando se despertaba, le habían quitao la maleta y todo. ¡Y no había salido nadie de allí! Y el tío pues, si se quejaba, encima le daban una paliza, los mismos presos. Aquello era una ciudad sin ley. Bueno, un día estaban en la misa y, uno leyendo una novela, el otro jugando a los dados —formaban allí una—, el otro leyendo otra cosa, otros hablando, unos en calzoncillos, otro liado en una manta... ya el cura se mosqueó y se gira, en la misa, y dice: «Bueno, ¡si no os calláis me voy!», así mismo. Y dice uno: «¡Pues vete! ¡Si nadie te ha llamao!...» Dice: «¿Cómo que vete? ¡Pues ahora mismo!», y pun, pun, pun, recogió todos los cacharros y venga: «Esta gente, a las naves.» Un día vino el general, el general Gotaredona. El se había hecho cargo de la plaza de Melilla. Y claro, fue a visitar la prisión.

Y llegó a la nave, y el que estaba al lado de la puerta lo ve venir y dice: «¡Nave, el general!» Y salta uno de una esquina y dice: «¿El general? ¡Dale una escoba!» Ja, ja, ja, una escoba... El general dice: «¿Una escoba? ¡Venga, cierra aquí!» Y se fue. En cuanto sintió que decían darle una escoba, se fue. El tío, se fue, sí; pero al día siguiente abren la puerta de la entrada del patio, de la calle, ¿no?, y empiezan meter legionarios armaos. Se los sube, por todo lo alto del patio: había como una galería muy grande, por todo lo que era el cuadro del fuerte; y allí empieza a poner a los tíos apuntando con los fusiles al patio. Y, venga, todo el mundo a la calle, a formar. El general iba, a uno por uno: «Tú, ¿de qué cuerpo eres?» «Oh, mire usted, yo soy de Regulares...» «¿De regulares? Y cómo es que llevas un pantalón de Guardia Civil y una camisa de la Legión?» «Pues mire, yo no tengo ropa.» «Vale, vale...» «Y tú, ¿de dónde eres?» «Mire yo soy de la Legión.» «¿Y cómo es que vas en calzoncillos?» «Mire, es que no tengo ropa, no me dan ropa...» «Vale...» El tío hizo así, y cuando ya había visto cómo estaba aquello, entró por las naves —las naves solas, los tíos todos formados en el patio— y vio cómo estaba aquello; se va. Empezó a mandar a todos los cuerpos que tenían gente allí dentro, en el fuerte; empezaron a venir notas, a ver cuántos tíos había: tantos de la Legión, tantos de Regulares, tantos de la Guardia Civil. Y cada cuerpo tenía que llevar un equipo completo de soldado, de legionario, lo que fuera, pa toda la gente que estaba allí. Y los tíos, todos vestidos de limpio, todos contentos: «¡Jodé!, ropa nueva, vamos a venderla, vamos a comprar kiffi, y tal...» Y el general lo dijo: «Os van a traer ropa. Cuando estéis vestidos, vendré a pasar revista. Vamos, que yo soy general y pasar revista a una tropa en calzoncillos, no lo veo claro. Porque ustedes seguís siendo militares, a pesar de que estéis presos...» Pues vale. Vino el general allí con más gente. Se trajo un capitán de Regulares. Un sargento, un cabo primero y dos

cabos de la Legión. Pero venían escogidos, ¿sabes? ¡Escogidos, pero escogidos! Nada de historias... Los mandos de Rostrogordo tenían carta blanca para hacer lo que quisieran con los presos. A un tío, si lo mataban a palos, muerto se quedaba. Bueno, pues resulta que nosotros llegamos allá cuando estaba ya la ley del látigo, con esa gente. Te daban con la goma que hay en la llanta de los coches, que llevan por dentro, entre la cámara y la llanta, una goma así alrededor, maciza, que le da la vuelta a la rueda, por dentro... pues con esas gomas, no veas. Y todo el que llegaba allí por desertor, de momento, la paliza nadie te la quitaba. Pero una paliza en grupo, a todos, de golpe, ¿no? Se liaban allí los tres con la goma aquella... primero te metían en la ducha; una ducha que había en mitad del patio. Bueno, en un rincón del patio, pero sin pared y sin nada. Namás que la ducha que caía agua al suelo y namás. Ya el tío, cuando te estabas duchando, ya estaba él con la gomita pues que... se remoloneaba un poquito, y a cobrar. Después, te ponían un mono azul y una boina negra y ya, a funcionar.

De momento, los dos primeros meses o tres, al pelotón atómico. Le decían el pelotón atómico... fíjate: ir a trabajar a pico y pala era un destino. Preferíamos estar a pico y pala trabajando desde por la mañana hasta por la noche que estar en la instrucción. Porque la instrucción eran tíos escogidos, ¿no? Los verdugos de allí, los sargentos, y los cabos primeros; y sabían mandar instrucción. Pero instrucción en orden cerrao: eso «de frente, media vuelta, derecha, izquierda»... pero sin parar, ¿eh?, a paso de legionario, y los tíos cantando el paso. Te tenían toda la mañana, desde las siete de la mañana, que se iba la gente a trabajar, hasta la hora de comer sin parar. Y «media vuelta, media vuelta, y derecha, izquierda» y cada vez que te equivocabas, llegaba el tío y te pegaba una hostia que te tumbaba a ti y tres o cuatro de la fila. Por eso le llamaban el pelotón atómico: porque no paraba nunca. A mí, en instrucción, nunca

me habían tocao la cara. Yo sabía y ya me podía mandar. Yo había hecho instrucción más rápido de lo que mandara él, ¿no? Y yo siempre estaba el primero, como que era alto, siempre en cabeza, pa la instrucción. Y como el tío veía que a mí no... que no me equivocaba, ¡que no me podía pegar! Pues un día me dice, cuando acabamos la instrucción: «Bueno tú, desde mañana no vengas más a la instrucción. Mañana te vas a la piedra, a sacar camiones de piedra.» Resulta que sacando piedra, tú tenías un pico y una pala. Te cogías un tajo —yo ya lo conocía, me los conocía, los tajos de un campo—. Tú mirabas al suelo, ibas pegando con el pico, y donde veías piedra pues «¡aquí!». Allí te liabas a picar la tierra y a sacar piedra. La tierra a un lado y la piedra en otro. Si te sacabas un camión de piedra tú solo, por la mañana al entrar a comer —al entrar a comer todos teníamos derecho a un vaso de vino pagándolo; valía dos pesetas—. Pero si habías sacado un camión de piedra, y eso se calculaba con la vista, pues el sargento o el cabo, el que mandaba aquel día —porque cada día era uno—, pues tenían orden de, un camión de piedra, darte un vale para que comprases un litro de vino. Resulta que yo todos los días me sacaba un camión pal mediodía y por la noche. Me hartaba de currar, ¿comprendes? Sí, y también me hartaba de comer; joder, llegué a pesar 110 kilos. ¡Bueno! ¡Yo pegaba un puñetazo a esa pared [mampara de madera] y metía el puño dentro, entonces...!

Resulta que va pasando el tiempo y nos dicen que van a trasladarnos a 300, del Primer Tercio, desertores todos, nos iban a llevar al desierto, a trabajar. ¡Cómo se habían dado cuenta de que nosotros éramos trabajadores! ¡Ja, ja! Pues nos llevan al desierto a trabajar. Nos meten en un barco, desde Melilla a Ceuta. En Ceuta nos llevan a El Achu, y allí en El Achu había otra gente esperándonos, que tenían que juntar en la expedición con nosotros. En El Achu nos juntamos todos y nos ponen una sección de fusileros de la Legión para acompañar-

nos, para meternos en un barco y llevarnos hasta... hasta Cádiz. De Cádiz —todos metidos en la bodega, como ganao, ¿no?, allí, en esos barcos de Ceuta a Cádiz en la bodega—. De Cádiz a Canarias ya íbamos en cubierta, ¿no? Cada uno a su aire, cantando, fumando... Y en Canarias nos metieron en La Isleta, un cuartel de artillería anti-aérea. Después, ya en Canarias, nos montan en otro barco, en un barco que iba con el suministro de la Legión que estaba en el desierto, en Villa Cisneros. La bebida, el güiski, el coñá, la comida, la verdura; y la correspondencia, los paquetes... Porque, además ese viaje era para las fiestas de Navidad, en las Navidades del 57 al 58, y claro, cada familia le mandaba a sus hijos paquetes de comida con turroneos y cosas. (...) Resulta que nosotros íbamos en la proa del barco, en la cubierta, todo era pa nosotros. Y en las dos entradas de la proa había un centinela de la Legión, de la escolta, para que nadie pasara pa dentro del barco. Y en la popa, el sargento, el teniente... Tenían allí un armero, con las armas puestas, y allí no podíamos ir nosotros. Pero yo le pillé el descuido al centinela —un gallego que era buen chaval, que se quedó también complicao con nosotros en la causa ésa—; le pillé el descuido y me pasé y me metí en el camarote del capitán. Y abrí el cajón, le cogí treinta dólares que tenía allí y un revólver; pero el revólver estaba vacío, no estaba cargado. Y con aquel revólver ya, empecemos a hacer el tonto... había tíos que empezaron a abrir las bodegas —porque las bodegas se abren sacando unos tablones que tienen puestos; se levanta el tablón y ya está; los tíos empezaron a meterse en la bodega, sacaban las cajas de coñá, de bebida... A mí me dice uno: «¡Toma, una caja de güiski!» Yo estaba sentao allí, con mi pistola —en el calcetín la llevaba, la pistola— y me da la caja de bebida. La abro, saco una botella y era vino tinto. Empiezo a tirar las botellas así (para atrás) al agua y le digo al tío: «Oye, a mí no me des más vino tinto, ¿eh?... ¡una caja de güiski!» Dice: «Espera, que ahora te traigo

una de güiski.» ¡Y me trajo una de coñá! Y los tíos reventando los paquetes de comida, de las cajas, comiendo turrón y... ¡no veas la que se armó! Venían unas cabras en la bodega, que eran pa la Legión; se follaron a las cabras; ¡hacían cola para follarse a las cabras, los tíos! Total, ¡que se formó una pelotera!...

Pero ya, cuando se descubrió todo, se dieron cuenta de que las bodegas estaban reventadas, todas las cajas abiertas, las sacas del correo reventadas... Los tíos pa alumbrarse dentro de la bodega se alumbraron con cartas. Cogían unas cartas, les pegaban fuego, y se alumbraban, claro. Y fue un vacilón, aquello. Ara que, llegamos a Villa Cisneros... nosotros ya, desde el momento ése, nos pusieron a veinte amarraos así, con las manos atrás. Cuando llegamos a Villa Cisneros, el barco no entraba dentro a puerto porque no tenía puerto, claro. Tenías que bajar del barco y te llevaban con una lancha de esas de desembarco, falúas, abiertas por detrás, ¿no? Y nos tuvimos que bajar; a mí me tuvieron que coger entre dos pa bajarme por las escaleras del barco. Cuando llegamos allí, ya nos soltaron las manos, porque teníamos que empezar a trabajar. No había ni casa ni nada estaban allí en tiendas de campaña. Y nosotros teníamos dos tiendas de campaña pa nosotros, los que estábamos complicaos en los correos, las bebidas... los veinte vamos. (...) A los pocos días —bueno, a los dos días de estar allí—, ya nos llama el juez, a todos. «A ver, ¿tú qué?» «Mire, pues yo una caja de güiski...» Y así cada uno se hacía cargo de lo que pasaba, ¿no?, de lo que quería, vale. Y a mí de la pistola. Los demás estaban ya trabajando; a nosotros no nos llevaban ni a trabajar, hasta que no se hiciera el expediente. A los pocos días, a todos los demás se los llevan. Los montan otra vez en barco, y se los llevan otra vez pa Marruecos. Y a nosotros nos dejan allí, empantanaos allí, claro, presos. Y aquello fue un lío: que si me iban a fusilar, que si me iban a pedir pena de muerte...

Y el abogao era un teniente de academia, que hacía poco que había venido a la mili, a la Legión, y namás llegar yo ya le busqué un buen lío. Pero es que aquel tío me dijo que me querían pedir pena de muerte, ¿comprendes? Y yo se lo dije. Dije: «Oiga, aquí pasa un lío.» Dice: «¿Qué lío pasa?» Yo digo: «A mí, la Legión ¿por qué me va a matar?, ¡si yo no le he hecho nada a la Legión!» Dice: «¿Cómo que no? ¿Te parece poco lo que has hecho? Has amotinado a todo un barco de presos y tal...» Porque me habían puesto sabotaje, rebelión, piratería y robo. Digo: «Bueno, pero yo sí, habré hecho todo esto, sí. Vale, tranquilo. Pero yo se lo he hecho a la Marina Mercante, ¡no se lo he hecho a la Legión!» Dice el tío: «Pero tú eres legionario...» «Bueno, bueno, pero el delito se lo he hecho a la Marina. ¡Esto lo he hecho en un barco en alta mar y ya está! Yo creo que esto lo tiene que juzgar la Marina, no que me tenga que juzgar la Legión.» Yo por quitarme algo de encima... ¡Oye, el teniente que se enrolló! ¡Y lo expuso! Sí, sí. Entonces nos llamó el comandante de la Marina de allí, de Villa Cisneros, y nos hizo un expediente: el mismo expediente que teníamos, pero se lo pasaron del uno al otro.

Lo que pasó es que los presos teníamos que ir con unos bidones, de 250 litros, de ésos que llevan dos arandelas, como dos ruedas pa que puedan rodar bien; íbamos al puerto y con un cubo y un embudo grande llenábamos el bidón, lo tapábamos y a rastras otra vez, pun, pun, a subir y bajar del puerto, porque aquello era una subida y una bajada de un kilómetro, o cosa así, desde la obra. Y todo el día llevando bidones. Pero, claro, cada bidón que llevábamos teníamos que pasar por delante de la Comandancia de Marina donde estaba el juez nuestro. Y cada vez que pasábamos le dábamos la carga, ¿no? «Mí comandante, ¡a ver si nos da la libertad provisional, hombre! Que nos están matando a trabajar... que tal y que cual...» Al año nos dio la libertad provisional. Sí, pero, pss, estábamos igual. Como no éramos legionarios,

éramos procesaos que trabajábamos. Entonces nos metieron en la compañía de destinos, allí como procesaos. Nos metieron en la compañía por meternos en algún lao pero, a la hora de trabajar, cada uno a trabajar a un sitio. Total, que era la misma vida, pero sin vigilante detrás, ¿comprendes? Y a los dos meses de darme la libertad provisional, me enganchan los legionarios... y me meten otra vez preso, por un robo.

Porque por la noche íbamos a las tiendas de los moros, que las tienen cerradas, y les rompías el candado, te metías dentro y te llevabas todo lo que había. Lo único que les dejábamos era el azúcar. Sí, porque el azúcar allí son unos conos de dos o de tres kilos; sí, como de piedra es el azúcar; y con un martillo le van pegando para sacar trocitos y echarlo en el té. Nos llevábamos siempre la ropa, los relojes, las baratijas que venden todos los moros esos... Ya habíamos ido a tres o cuatro laos; bueno, tres o cuatro; también nos metíamos en las casas de los oficiales, los mismos allí de la Legión. Como estábamos libres, pues los veíamos. A lo mejor entrábamos al cine —porque habíamos hecho dos cines, allí—; pues entramos al cine, un día, y vemos al capitán de trabajos. Este capitán de trabajos era un hijoputa, ¡pero un hijoputa que no veas tú! Era un tío que namás que miraba, chillaba y quería que saliera todo como él decía. Y lo vemos que estaba allí, en el cine, con la mujer y los dos hijos. Le digo al que venía conmigo: «Mira, está el capitán Fernández, ahí...» «¿Y qué?» «¿No sabes que estamos en libertad y tal?... Este, como es un hijoputa, podríamos aprovecharnos de que está en el cine pa meternos en su casa...» Dice: «Oye, no tienes mala idea, venga, vamos.» Y nos vamos. Llegamos a la casa del tío, saltamos por una ventana y le hicimos en la casa pues, ya ves, lo que nos dio la gana. Íbamos tres: uno se cagó encima del frutero. En el comedor, que tenía un frutero así lleno de frutas —porque allí, en el desierto, la fruta va bastante escasa, ¿no? Cuando llega el barco, el alma-

cén de víveres recoge toda la verdura que traen. La verdura para los oficiales, ¡eso de momento! Y las frutas también. Tiene que venir mucha pa que llegue pa la tropa, pero pa que te digan a lo mejor: «Mira, en víveres venden naranjas, o peras...» Bueno, pues si estabas libre a lo mejor te querías comprar una caja de naranjas y te decían: «No, no. Un kilo por barba.» Y así comían unos pocos más fruta, ¿no?—. Bueno, pues el tío tenía un frutero allí encima en el comedor, con unas manzanas así, y unas naranjas... se subió encima la mesa, se bajó los pantalones y se cagó encima del frutero, ¡joder! Y ya, por culpa de esta gamberrada, empezaron a poner un poco más de vigilancia, ¿no? Y una noche que voy yo con otro a robarle a un moro —ya había patrullas por la noche para ver si cazaban a los que hacían eso. Había patrullas de la Policía Armada, que eran entre moros y españoles. Había patrullas de la Legión, pero las patrullas de la Legión pasaban de todo; las veías venir de lejos, en el jeep, allí los tíos dando vueltas—. Y esa noche, como íbamos con un mono azul, íbamos yo y otro, y de golpe y porrazo nos dan el alto, los de la Policía Armada. Al darnos el alto, ¡zuum!, salimos corriendo. Yo me tiré encima de un montón de sacos de carbón que estaban tiraos allí en la calle, apoyados contra una pared, y el otro salió corriendo. Salieron corriendo detrás del otro, porque a mí no me vieron, y ya cuando estaba aquello tranquilo, que no había nadie, me bajé del montón aquél y me fui pa mi compañía. Pero me cazaron. Claro, me cazaron andando, sin pedirme el alto. Si me piden el alto salgo corriendo. Pero me cazaron. Y entonces ya me dijeron que había sido yo el del robo del moro; claro, me cogieron cosas del moro; y ya me metieron preso. A todos los que nos habían dao la libertad provisional, a los tres o cuatro meses, ya estaban todos otra vez enganchaos... pero por otros delitos, ¿no?

Bueno, ya estábamos otra vez presos. Venga, ahora hay que hacer barracones: el uno para garaje, el otro

para almacén... barracones grandes. Namás que allí los albañiles poniendo techos, ¿no?, y nosotros acarreando agua, haciendo mezclas... ¡de peones obligaos! Y llega un momento que tenemos que hacer un barracón pa nosotros, para cárcel, o sea, pa los presos, vale. Empezamos este barracón nuestro y tal; habían marcao dos celdas de castigo, otra celda más grande para los cabos primeros que entraban presos, y una nave grande pa todos, un water aquí... y entre la última celda de castigo, en el techo, dejamos una salida de emergencia... sin que nadie lo supiera, ¿comprendes? ¡Como lo estábamos haciendo nosotros! Pues dejamos la salida de emergencia. Y, nada, nada. Inauguramos el barracón, y estaba todo bien. Después ya, presos, empezamos otra vez a salir por la noche: nos íbamos tres, cuatro... Un día nos metimos en la casa de los oficiales y suboficiales, en el fuerte —en el fuerte que hay allí, que allí es donde estaba el mando, camuflao, ¿no?, donde estaba el juzgao, donde estaba el coronel y casas donde vivían oficiales y suboficiales—. Y entramos allí y nos metimos en casa de un brigada. Y no veas, le hicimos allí un destrozo. Agarramos todo lo que pillemos. Y en lo alto del terrao tenía el tío un palomar —se dedicaba a criar palomas mensajeras y eso, ¿no?—. Y tenía un pollo y una gallina y las palomas. Y yo cojo, me meto allí con un saco, mientras los otros estaban en el piso; me meto con un saco y empiezo a coger una paloma, le retorció el pescuezo y pa dentro; otra, pa dentro... ¡27 palomas que le cogí al tío!, y los dos pollos; bueno, el pollo y la gallina, que también les retorció el pescuezo y al saco. Y nos vamos, ya cada uno con su carga. Habíamos robado también la tienda de un moro, aquella misma noche. Y nos vamos con la carga, a la cárcel. Nos metemos pa dentro, y nos vio un vigilante del pelotón, de los que nos sacaban a trabajar de día. Pero a mí no me vio. Vio a otro saltar, ¿no? Y vio que había más gente, pero... lo que vio es que por ahí habían entrado y habían salido. Al día si-

guiente se forma la bronca: el moro llorando, que le han robao la tienda, el brigada mosqueao, porque se le habían ido las palomas... ¡una bronca tremenda! Y claro, el vigilante, que había visto entrar a gente —no los había visto salir, había visto entrar— pues lo dice. Van para allí, pun, pun, miran el rincón y, ¡puaf!, ya nos han cortao el rollo, ya nos han cerrado la puerta. Nosotros, al llegar, la ropa del moro, la de la tienda del moro, nos la repartimos. Cada uno su parte, ¿no? Nos repartimos las cosas. Y yo había estado pelando las palomas, y el pollo; ya lo tenía todo pelao; todas las palomas peladas, metidas en el saco. Pero había cogido mi parte de consumao del moro, la ropa que me pertenecía a mí, los relojes y las cosas que me pertenecían y había abierto mi colchoneta así (por el lado), la había descosido, lo había metido dentro de la colchoneta y lo había vuelto a coser, por lo que pudiera pasar, ¿no? Tú estás en la cárcel, te cachean, y no tienes donde esconderlo, ¡claro! Pero vienen, empiezan a cachear, y a uno le encuentran pantalones y camisas, nuevos, de la tienda. Y cuando me cachean a mí, me encuentran el saco de palomas... ¡jo! El caso es que vino la mujer del brigada, cuando le dijeron que habían aparecido las palomas; pues vino. Claro, las vio todas pelás, y todas despellejás, ya. Y le decía a su marido: «Fíjate, ¿ves? Estaba embarazada y te dije que me hicieras un caldo con un bicho de éstos y no me lo quisiste hacer... ¡Ahora Dios te ha castigao!» ¡Ja, ja, ja! Fue una historia aquello. Y ya no me dejaron salir más. Claro, ya nos cerraron aquello y... ya nos tuvieron allí hasta que quisieron: a trabajar, a trabajar, a trabajar, namás que a trabajar, claro.

Hasta que un día me mosqueé y ya no salí más a trabajar. Porque venían y decían: «¡Vamos, a trabajar!» Y yo, una mañana dicen: «Venga, todo el mundo a trabajar», y se sale todo el mundo y me quedo yo allí dentro. Y me viene el cabo: «Tú, venga, ¡a trabajar!» Yo le digo: «¡Yo no trabajo!» «¿Cómo que no?», dice, «¡tú

tienes que ir a trabajar!» Digo: «¡Yo no trabajo, hombre!» «¿Por qué?» «Porque quiero ver al coronel. ¡Yo no trabajo hasta que no vea al coronel!» Claro, a mí ya me dolían los huevos de tanto trabajar, tantos años allí. «Yo quiero ver al coronel.» Dice: «Bueno, bueno, tú sal a trabajar y ya lo verás, al coronel...» Digo: «Yo no salgo de aquí hasta que no hable con el coronel, o sea que ustedes mismos...» Claro, el cabo se lo dice al sargento del pelotón, y viene el sargento del pelotón —que no era sargento. Era un cabo primera. Gitano, era— y me viene el cabo primera y me dice: «Tú, ¿por qué no quieres trabajar, por qué no quieres salir?» Digo: «Yo no he dicho que no quiera salir... Yo lo que he dicho que saldré cuando hable primero con el coronel.» Y: «Bueno, pues ahora voy a decirlo al oficial de guardia, a ver lo que dice.» Se va y se lo dice al oficial de guardia. Y se van a trabajar. Y al rato viene el oficial de guardia: «Tú, que te has negao a trabajar, ¿no?» Digo: «No, no; yo no me he negao. Yo lo único que quiero es ver al coronel. Yo no me niego a trabajar. ¡Yo quiero ver al coronel!» Dice: «Bueno, bueno. Cuando venga el coronel se lo preguntaré, a ver si quiere él verte a ti.» Vale. Cuando vino el coronel, le dijeron que yo me había negao a trabajar y que quería hablar con él. Me llama el coronel y voy pallá. Y me dice: «Tú, ¿por qué te has negao a trabajar?» «Yo no me he negao a trabajar, yo quería hablar con usted.» «Bueno, y ¿qué es lo que tenías que decirme?» Digo: «Mire, yo estoy aquí en el desierto. No tengo salida por ningún lao. No voy a meterme en el desierto para... pa morirme, ¿no? Y yo llevo aquí tantos años ya trabajando» —llevaba por lo menos ya dos o tres años—. «Yo llevo aquí trabajando mucho tiempo y no me niego a trabajar. La prueba la tiene en que sé trabajar bien. Pero lo que yo no quiero es trabajar con los vigilantes a la espalda siempre, con un fusil a la espalda, que cualquier día a un vigilante de éstos le da el siroco y se lía a tirarnos tiros y... ¡adiós!» ¡Claro! Digo: «Usted me pone

a trabajar en un sitio sin vigilante, ¡y ya verá usted como yo trabajo!» El tío se queda mirándome y dice: «Bueno, ya lo pensaré. De momento te vas a tu tajo, como todos los días, y ya veremos lo que se hace.» Yo, tranquilo, me fui.

A los tres días, a la hora de trabajo: «¡Venga, a trabajar todo el mundo!» Salimos de allí, de la cárcel, y viene el sargento del pelotón y me dice: «Oye, tú, ¡vente!» Dice: «¡A éste me lo llevo yo!», le dice al sargento del pelotón. «Vale, vale», y pun, pun, me lleva. Y me lleva a trabajar al mesón, a la cantina del cuartel. Ya habíamos hecho todo un cuartel; ya habíamos hecho todos los barracones, las compañías; habíamos hecho un barracón del mesón. Todos los barracones, las compañías; habíamos hecho un barracón de cocina, de todo. Teníamos todo el cuartel hecho. Pero me llevan al barracón del mesón. Todos los barracones eran iguales, ¿no?, iguales, idénticos. Ara, cada uno, en su puerta, tenía lo que era. Y llego al mesón y dice: «Venga, tú vas a trabajar aquí y... sin vigilante. Tu vigilante soy yo, ¿eh?» Dice el sargento: «Ten en cuenta que yo tengo muy mala leche como vigilante.» Digo: «Vale... y aquí ¿qué hago?» Dice: «¡A trabajar! De momento coges la escoba y te barres el mesón, arreglas las sillas, le quitas el polvo a las mesas...» Pero no de camarero, sino a trabajar allí. Y me barro todo aquello, les quito el polvo a las mesas, y, ya cuando termino, me dice el encargado del mesón, un cabo primero: «¿Ya has terminado de barrer?» Digo: «Sí.» Dice: «Mira, ven pacá.» Me lleva por la parte de atrás y habían allí por lo menos 300 botellas, vacías, y unos barriles. «Hala», dice, «¿ves esa goma? Tienes que ir sacando vino de los barriles y llenar las botellas. Cuando estén todas llenas las metes pa dentro, pal mostrador.» Porque allí las botellas se vaciaban muy rápido. Sí, sí, estuve llenando botellas con la goma y para que salga tienes que chupar, ¿no? Al rato ya tenía yo una borrachera como un piano, ¡joder! Resulta que nada, estoy allí después ayudando, a

tirar la basura a la playa: «Mira, todas esas basuras hay que llevarlas a la playa», porque allí se amontona cantidad. «Vale, y ¿dónde las llevo?» «Pues ahí, en estas cajas, que también hay que tirarlas, las vas llenando y las vas tirando.» Vale, yo iba llenando basura y la tiraba a la playa, en un sitio como un pequeño acantilado, y ahí se iba tirando al mar. Y yo, ¿qué hago? Venga llenar cajas de basura, pero en cada caja, en una le metía una botella de coñac entera, en otra una botella de güiski entera... total que, en cada caja que me llevaba, algo tenía que salir. Y cuando salía algo, pun, yo lo escondía... ¡como no tenía nadie que me vigilara! Y a la hora de comer viene el sargento y dice: «¿Qué? Vaya cómo te has puesto, ¿eh?» Digo: «Mire usted, que el que está trabajando con miel... pues se mancha.» Claro, o el que trabaja con aceite se mancha. Dice: «Vale, vale... ahora a comer y después de comer, cuando salgas a trabajar, ya te vendré a buscar.» Sí, fui a comer y después de comer me vino a buscar, y otra vez al mesón. Pero ya, como lo había hecho todo por la mañana, pues por la tarde en el mesón ya namás que... a beber vino, y a fumar petardos y cosas d'esas. Lo del mesón me duró dos días; sí, porque dos días que estuve en el mesón, dos días que estuve borracho... pero aquello del mesón era para hacer una prueba conmigo.

A los dos días me viene un tío a buscarme y me dice: «Ya se te ha acabao el chollo del mesón, ¿eh?» Digo: «¿Por qué?» Dice: «¿Por qué? Ven para acá, ven...» Y me enseña un plano así de grande hecho a mano, ¿no? Y dice: «Mira, ¿sabes lo que es esto?» Digo: «No.» «Esto es una pista de aplicación.» ¡Una pista de aplicación! «Y la tienes que hacer tú allí, en aquel terreno, detrás de la cocina.» Digo: «Vale, y ¿yo solo?» Dice: «Hombre, tú solo no, ya te ayudará gente. Pero de momento, ven pacá.» Pun, pun, me lleva, me marca en el suelo y dice: «Aquí hay que picar todo este cuadro...» Un cuadro de esos que se hacen para el salto de longitud. Se hace un

cuadro alargao, pero había que picarlo, porque aquello era tierra —¡no todo el desierto es arena!— y dice: «Esto tienes que picarlo con medio metro», bueno, dos o tres palmos, «y hasta allá». Me lo marcó y me da un pico y una pala. Y ya me tienes a mí allí, pin, pan, pin, pan, dándole dale que te dale al pico... me lo ventilé casi por la mañana. Yo loco por terminar, ¿no? Y yo estaba picando, y ya me iban marcando por otros lados. Yo decía: «¡Bu! yo prefiero irme con el pelotón, ahora...» No, pero una mañana me dijeron que fuera a hacerme cargo de diez tíos por cada compañía; con el sargento de trabajos. Y aquella mañana pues, nada, 40 tíos a trabajar conmigo allí... y sólo había un pico y una pala, ¡ja, ja, ja! Y allí los tenía yo que manejar, mandarlos. El sargento me decía lo que tenía que hacer y yo tenía que mandar a los otros. Como no teníamos herramientas ni ná, empezamos a robarle a la comandancia de obras, que estaba allí, al lao nuestro —eran soldados, militares—; empecé a robarles de la comandancia y, ya ves, por allí me lo llevaba todo.

Luego, llega un día y me dice el comandante de la bandera que pal sábado quería tener un ring allá en la pista de aplicación, un ring de boxeo, así de alto y tal, ¿no?, un ring así, con el suelo elevao y todo así, como son. Digo: «Vale, pues lo tienes claro, paisano.» ¡Y estábamos a lunes! Empiezo a coger piedras; porque allí, las piedras del mar son piedras fósiles, de esas de mejillones y conchas... pero son piedras, ¿no? Pues con piedras de esas, empecé a los tíos que subieran piedras de la playa, ¿no? Hice un hoyo así de alto, cuadrao, y venga, a ponerle piedras de aquéllas y mezcla, cemento y, vale. Y ya fui subiendo las piedras a todo lo que era el ring. Después ya tenía el ring montao, ¿no? Faltaban los palos, el suelo, las cuerdas y la lona. Como no tenía ni palos, ni lona ni ná, nos vamos pal puerto, allí a una barca le quitamos el palo de enmedio, le quitamos la vela y, sí, sí... todo eso por la playa a escondidas, claro, porque era ir a

robar... Y cojo el poste y los cortamos, pun, pun, me monto el tinglao; ¡ah!, y una cuerda nos trajimos también, una cuerda de barco, para las cuerdas del ring. ¡Pero yo se lo monté! Le puse el suelo de madera, con la lona de la barca aquella, y le puse los 4 palos, le puse las cuerdas. Y las cuerdas era un rollo porque te raspabas con ellas: fuimos a la enfermería, pedimos algodón y vendas, y con algodón dentro y las vendas alrededor forrábamos las cuerdas. Joder, ¡el tío se puso más contento, el comandante! Y el sábado pudieron boxear.

Porque en la Legión se acostumbraba entonces a cada sábado, después de la revista, hacer boxeo. Lo hacía la gente aficionada o... hubo una época que a lo mejor tú te discutías con uno, para pelearse, y llegaba un sargento o un teniente y decía: «A ver, ustedes, sus queréis pelear, ¿no? Vale. ¿Cómo te llamas?» «Fulano de tal.» «¿Y tú?» «Fulano de tal.» «Vale, el sábado en el ring, ¿eh?» Y el sábado, pues, te tenías que pegar una paliza en el ring.

Pues le hice al tío casi toda la pista de aplicación. Entre los dos fosos que hay, yo allí me hice un garito, un tinglao, para meter las herramientas y tal. El caso es que vienen dos amigos míos de Melilla, que de cabos habían ascendido a cabos primeros, y al ascender, los trasladan al desierto, para que se espabilen. Y, como eran amigos míos —era gente que fumaba y eso; gente que traficaba con el kiffi— se metieron 6 kilos de kiffi. Y mira por donde, me ven, y yo les digo: «Ahí tengo yo un bujío y tal...» Se vienen pallá y, claro, ellos no querían estar en la compañía. Ellos podían dormir fuera de la compañía, tenían pases de pernocta por la noche. Y entonces, ¿qué hacen?: se traen dos camas a mi bujío, una litera, sí. Se traen las dos camas y dicen: «Mira, nosotros vamos a dormir aquí, que tal que cual...» Y digo: «Vale.» Meten ahí las camas, se acomodan, arreglan un poco aquello y, allí, en el bujío aquél, se me meten 6 kilos de kiffi. Empezamos a fumar, y me dicen que si quiero ven-

der petardos a la gente. Digo: «Pues vale.» A cinco duros el petardo. Claro, en el desierto era más caro, era más difícil de encontrarlo en el desierto que en Africa. De cada petardo, me ganaba un duro yo. Pero, en esa época, viene el teniente Perico y me trae un borreguillo blanco, así, pequeñajo; me lo trae de Canarias, y me lo pone allí, en el bujío, para que yo le dé de comer y tal; lo quería para mascota de la Bandera, pero como era muy pequeño... Vale. Lo mete allí, en el bujío también, en el foso ése. Bueno, pues estaba el borrego y las pacas de alfalfa; unas pacas de alfalfa seca para que el borrego comiera. Pero se me meten esos allí con el kiffi. Y todos los días liábamos petardos, allí los tres a liar petardos, ¿no? Petardos de dos papeles pero mu finitos, así de pequeños. Y me daban a lo mejor 300 petardos, para que los vendiera. Pero yo cogía y me liaba, a lo mejor, 200 petardos de la alfalfa del borrego... y al borrego le daba los palos de la alfalfa, ja, ja. ¡Al borrego lo tenía más mosqueao! Comía papeles, se comía colillas... la alfalfa el pobre no la veía... Bueno, el día que me pillaba de buenas, sí, le daba un puñao; le daba hasta mareos, al borrego aquél. Resulta entonces que yo llevaba a lo mejor 200 petardos de alfalfa en un bolsillo y 200 de kiffi en otro. Y como yo tenía movimientos —estaba preso, pero era pa dormir, nomás—. Yo tenía movimientos y podía ir pa un lao y por otro, en la zona de trabajo. Pues me fui a la cantina, al mesón, y empezó a correr la voz que tenía petardos. Claro, como a todos les gusta y allí escasea mucho, venga, todo el mundo a comprarme. Venía un tío, a lo mejor con una borrachera como un piano: «Oye, ¿tienes costo?» «Sí, ¿cuántos quieres?» «Bué, dame ocho.» Doscientas pesetas, ocho petardos, ¿vale? Y yo si lo veía muy a gusto, le daba ocho petardos de alfalfa. A lo mejor el tío al día siguiente se le pasaba la borrachera y venía y me decía: «Oye, a mí... ¿Tú qué me has vendido a mí ayer; vaya kiffi más chungo.» «¿Cómo que chungo?» «¡Sí, eso no vale pa ná, hombre! Estuvimos fumando y

eso no colaba ni na.» «¿Que no valía?» Entonces sacaba un petardo bueno y le decía: «¡Toma, enciende esto!» El tío lo encendía, fumaba...: «Ves, ¡esto sí que es bueno!» «Pues es el mismo que te fumaste ayer. Así que págame los cinco pavos de éste.» Así me vendí los seis kilos de kiffi en petardos y las pacas de alfalfa del borrego. Que me viene el teniente y me dice: «Oye, ¿qué le pasa al borrego ese que no crece? Cada día está más canijo...» «¡Joder!», le digo, «si s'ha comio la alfalfa entera...» Pero no, «ese borrego necesita mejor trato». «¿Mejor trato? Pero si lo tengo aquí todo el día. Es más, no lo tengo ni amarrao...» ¡No lo iba a tener amarrao: si lo dejo suelto me deja sin alfalfa! Se me come hasta la camisa. Hasta que me quitaron al borrego, se lo dieron al cabo de gastadores para que lo cuidara él, ¿no?

A nosotros nos tenían que llevar a Rostrogordo, porque allí teníamos que pasar por el consejo de guerra de la deserción, ¿no? Y estaba allí en la cárcel y me viene uno y me dice: «No veas, me voy de cunda, me voy de conducción.» Digo: «Y, ¿pa dónde?» Dice: «Pa Rostrogordo.» Digo: «¡Buf! ¡No veas, que no te pase nada!» Claro, en Rostrogordo entonces censuraban las cartas, tanto de entrada como de salida, los tíos las tenían que leer. Le digo: «Mira, en cuanto llegues allí, si te curran, pues me escribes una carta y me lo dices, a ver lo que pasa.» Dice: «Pero, hombre, uno no puede escribir una carta. Porque si voy a escribir una carta diciendo que me han pegao me van a pegar otra vez y no van a dejar salir la carta.» Digo: «Vale, pues mira, vamos a hacer una cosa. Si tú cuando llegas te curran, escribe una carta.» Y en las cartas, siempre se le pone al principio una crucecita. Digo: «Mira, tú le pones una crucecita. Si t'han pegao mucho le pones tres o cuatro cruces... depende de lo que te peguen, tú le vas poniendo cruces.» ¡Joder!, se va el tío y al cabo de un mes recibo la carta. Y ponía la carta: «Ya he llegao a Rostrogordo. Esto está mejor que an-

tes...», y todo lo demás eran cruces. «Buf!, pensé, «la que le habrán dao...» Y, sí, sí, empezaron a llevarse a la gente ya para el consejo de guerra, por eso de las deserciones. Y el último me quedé yo. Bueno, a mí me llevaron ya, desde el desierto hasta Mahón, en conducción: del desierto a Canarias, de Canarias a Cádiz, de Cádiz a Sevilla, Córdoba... de cárcel en cárcel. Hasta pasemos por ahí donde se hacían todos los transbordos de los trenes... Alcázar de San Juan, que de allí ibas para arriba, para abajo, pa todos laos. Allí también me tuvieron. En Madrid... ¡buf!, y en Barcelona, claro. Y de Barcelona, ya, a Menorca, a Mahón. ¡Pues tardé cuatro meses en llegar, a Mahón! Cuando llegué a Mahón ya estaba casi cumplío. No, bueno, me faltaban 7 u 8 meses, pa cumplir. Porque era una condena de tres años, por un rollo del desierto, una de las primeras veces. El consejo de guerra siempre te lo hacen donde has cometido el delito: así que, en el desierto, nos hicieron seis o siete consejos: en Villa Cisneros mismo. Pero consejos de guerra de año, dos años, que la mitad estaban cumplidos, porque se había muerto un papa, el Pío XII. Y después se murió, al rato, Juan XXIII... a mí, la verdá, es que me pareció al rato. Sí, y me quitaron a mí diez años de condena, con los dos papas. Así que, todo el tiempo de esos dos papas estuve preso. Y después Franco dio un indulto de los 25 años de Paz, pero para militares, casi namás y también me... me arrascó esto un poco. Bueno, pues en Mahón cumplo la condena que llevaba, y me vuelven otra vez para el desierto: ¡como estaba reclamao allí por los juzgaos de la Marina! Yo había ido de Villa Cisneros a Mahón. En Mahón, al cumplir la causa, pues otra conducción hacia Villa Cisneros. Porque, sí, había cumplido la condena. Pero tenía otra pendiente, que estaba decretada prisión. Y ya en Villa Cisneros me hacen el consejo de guerra de la Marina; total que entre el tiempo que llevaba en preventiva, y los indultos, y las hostias, me quedo libre. Pero no me echan a la calle, porque todavía seguía preso por

la deserción que tenía en Melilla. Y entonces me mandan a Melilla. Y en Melilla digo: «¡Buf, no veas!» Llegué el último; de todos los que habíamos salido en el barco, fui el último en regresar al fuerte. Y ya, estuve allí, dos o tres meses. Cuando me hicieron consejo de guerra por la deserción fui a consejo y me pedían 8 años; ocho años de prisión. Pero llevaba ya en preventiva... ¡joder si llevaba! ¡Mas de cinco o seis! Pero es que además me pillaban tres indultos, que no me pudieron hacer nada. Bueno, que no me pudieron hacer nada... ¡todo el tiempo que me he tirao ya! Pero fui a consejo de guerra y ya me soltaron, porque me sobraba condena. Pero entonces querían que fuera al batallón disciplinario, a cumplir el tiempo que me quedaba de compromiso cuando había desertao. Pero yo les dije que pasaba de batallón disciplinario, que si me sobraba condena, ¡qué coño iba yo a cumplir nada! Digo: «Vale, yo ahora voy al batallón disciplinario, pero ahora ¿ustedes cómo me pagáis la condena que me sobra?» Claro. Y ya me echaron pa mi casa.

Al salir de Rostrogordo, cuando cumples, no te echan; no te echan. Por ejemplo, tú cumples hoy una condena, ¿no? y, ya lo sabes, te lo dicen: «Tú has cumplido hoy.» Y después, por la tarde, viene una pareja de guardias civiles, te cogen, te esposan, te llevan a tu sitio, te entregan donde te tienen que entregar, tu cuartel o donde sea, te quitan las esposas y entonces ya quedas libre. Pero no aquello de salir por la puerta y pasearte, no. Entonces yo, cuando salí de Rostrogordo, tenía que irme a la Legión, allí tenía que estar mientras me arreglaban los papeles, para coger y marcharme pa España. Y, claro, me llevan a la representación: me vienen los civiles, me cogen y me llevan a la representación del Tercio que estaba en Melilla, en el Ataque Seco, en un sitio que le dicen el Ataque Seco, en Melilla. Allí estaba el mando de la Legión y la representación; y una compañía de destinos: de asistentes, de machacas, y eso. Y, claro, me entregan al teniente de semana; los piccoletos esos, los civiles me entregan

al teniente de semana. Dice el teniente: «Vale, a ver cómo te portas. Porque aquí, todos los que han salido de Rostrogordo han venido y han pillado una borrachera, se ha formao un escándalo...» «No», digo: «Yo no, yo no...» «Pero, ¿tú no vienes de Rostrogordo?» Digo: «Sí, pero yo no... yo no me emborracho.» «Vale, vale, a ver si es verdad. Tú te quedas por aquí y hoy no salgas a la calle ya, porque ya es tarde, y mañana ya saldrás. De momento, mientras estés aquí, tendrás que estar en la cocina fregando perolas y ayudando en la cocina, hasta que te den los papeles.» Digo: «Muy bien.» Se van los picos y yo me voy por ahí, y veo a un tío y le digo: «Oye, ¿a dónde está la cantina?» Dice: «Allí.» Y me voy pa la cantina. Pero el teniente que no es que me vigilara, pero vio que iba a un tío y le preguntaba algo, y que me iba pa la cantina. Me llevo a la cantina, me ve el cantinero y me dice: «¿Qué, sales de Rostrogordo?» Era inconfundible, ¿no? El pelao, el mono azul y eso. Dice: «¿Qué vas a beber?» Digo: «Mira, me pones trece vasos de vino.» Dice: «¿Cómo, trece vasos de vino? Te pongo uno, te lo bebes, te pongo otro... ¡pa mí como si te quieres beber cuarenta!» Digo: «No, no, a mí me pones trece aquí, en fila, todos en fila.» Vasos como aquí esos de los chiquitos, de diez pesetas. Digo: «Ponme trece vasos de vino.» Y me los pone, trece vasos. Me los llena y yo hago así, pun, de golpe, me trago uno, otro, otro, otro... llevaba cinco o seis y veo que el cantinero, puesto de estar pendiente de los vasos, estaba pendiente de detrás mío y hago así, me giro, y me veo al teniente en la puerta: «Vaya, ¿conque usted no bebía, eh?» Digo: «No, no, yo no bebo. Eso es una promesa que tenía hecha de cuando saliera en libertad beberme trece vasos de vino seguidos. Pero, me los bebo, y ya no bebo más.» Dice: «Bueno, bueno, a ver si es verdad.» Bueno, pun, pun, pun, me bebo los trece. «¡Ya está!» Dice: «Ya te has bebido los trece, ¿no? Bueno», dice, «oye tú, a éste, ni una Coca-cola más, ¿eh?» Digo: «Pues vale.»

Entonces, por el Ataque Seco es donde están los cor-

taos de Melilla, que dan al mar, y por ahí hay rincones, cuevas, cosas así... y por allí se va la gente a fumar el kiffi, con las pipas; y me meto por allí. Y me junto con los amigos, los conocidos, y venga fumar, venga, y una botella de moscatel, y otra de moscatel, y otra de vino, y otra de moscatel, y venga pipas, venga pipas... y cuando tocan pa la lista, por la noche, todo el mundo se va, todo el mundo corriendo, pun, pun, a pasar lista. Y yo con mi rollo... llevaba un globo, ¡pero un globo! En pocos momentos, de las seis de la tarde hasta las diez, había bebido cantidá y había fumao más todavía... ¡Iba con un globo que no me aclaraba! Y cuando llego a la compañía, estaba toda la compañía formada, pasando lista. Y yo iba que no podía andar, a gatas; entré en la compañía a cuatro patas, pun, pun, pun, y el sargento pasando lista. Yo paso por detrás del sargento a gatas, y el tío ni inmutarse, ¿no? Y yo, con mi borrachera, pensaba que nadie se había dao cuenta; pensé que yo iba a llegar al final de la fila, me iba a poner de pie, y ya está... Pero a mitad de camino me veo unas botas delante mío, unas botas de caballería, de esas botas altas, con espuelas. Y hago así: «¡Buf!», me quedé parao mirando las botas. Y empecé a mirar p'arriba, mirar p'arriba, p'arriba, y me veo al teniente así, con las manos en la espalda, mirándome. Y me dice: «¿Tú dónde vas?» Yo digo: «Yo, a pasar lista.» «¿A pasar lista, no? Venga, venga...» Ya el sargento me vio: «Esta gente que han salido de Rostrogordo siempre hacen lo mismo...» Y dice uno: «Bueno, pero éste por lo menos no chilla.» Total, que yo me pongo al final de la fila, pero, ¡que va!, cuando llego al final de la fila no me podía poner de pie. Y me tumbo en una cama. En la cama, el petate estaba liado, con el somier, y el petate con las mantas y eso. Me apoyo encima el somier y pum, me quedo frito encima de la cama, dormido. ¡Joder, al día siguiente! El teniente la que me formó, no veas. No me dejaban beber. Un mes estuve allí, en el Ataque Seco, y ya lo dijo el tío, que ni gaseosas, ni bueno ni coca-colas... ni una

coca-cola. Pero, como estaba libre, me podía ir a pillar la borrachera fuera, ¿me comprendes? Ya empecé a salir con uno y con otro, íbamos por ahí, al zoco, a las casas de putas, y por ahí a vacilar, y al cabo del mes me dieron los papeles. Y me vine y me traje dos kilos y medio de kiffi... ¡pa mí! Cuando llegué a Barcelona, bajé del tren, en la estación de Francia, y llevaba: dos kilos de kiffi, un librito de papel de fumar y una peseta. ¡No tenía ni pal metro!, ¡pa ir a Verdún! Pues me fui de la estación de Francia a Verdún andando, fumando canutos por el camino, venga, pin, pan, pin, pan. Cuando llegué a mi casa, ¡buf!, me tuve que meter en la cama, frito que venía... Pero me duró poco mi casa. Rápido me echó mi padrastro pa la calle.